

88(1)/
A-1-08



Sección Bibliografía Asturiana

RBFC Ast F.C. X 3/71 (3)

00000943007 R93054571



Sección Bibliografía Asturiana

RBFC Ast F.C. X 3/71 (2)

00000943005 R93054570



Sección Bibliografía Asturiana

RBFC Ast F.C. X 3/71 (1)

00000943003 R93054569



X 3/71



Sección Bibliografía Asturiana

RBFC Ast F.C. X 3/71 (5)
00000943022 R93054577



Sección Bibliografía Asturiana

RBFC Ast F.C. X 3/71 (4)
00000943011 R93054574



J. G. Lueso **CUCO**

PRÓLOGO

DE

Pachín de Melás

Crítica

DE

CARLOS SECADES



TRIQUINUELES

Poesías

Diálogos

• • Cuentos en bable

Inspirados en Oviedo, Gijón, Llanes,

Infiesto, Cuanco, Candás, etc., etc.

TRIQUINIUELES

TRIGONOMETRIE

TRIGONOMETRIE
VON
LEONHARD EULER
1748
M. B. 1748

JOSÉ G. LUESO CUCO

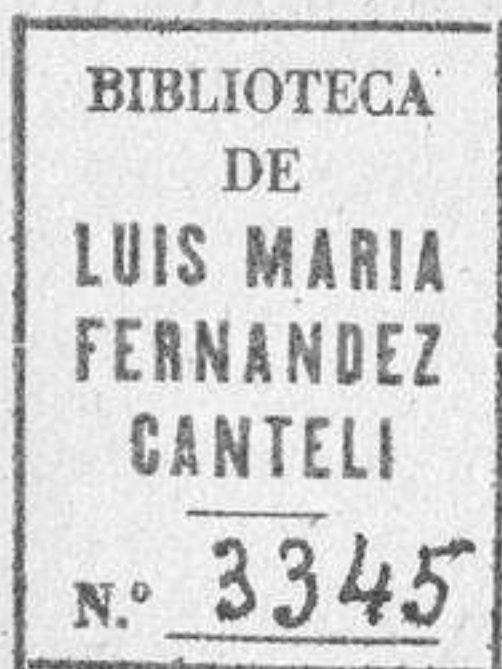


TRIQUIÑUELES

Diálogos, artículos y poesías en bable, inspiradas todas en diversos asuntos reales, desarrollados en Oviedo, Gijón, Infiesto, Llanes. Luanco, Candás; etcétera etcétera

Prólogo de Pachín de Melás

Crítica de Carlos Secades



Esta obra ha sido editada por el propio autor en los talleres tipográficos de "La Opinión" y "El Carbayón" Oviedo mil novecientos diez

R. 53054571

Indice

PÁGINAS

Dedicatoria.....	
Presentación.....	
Prólogo.....	
Crítica.....	
Veraneu baratu.....	1
Señoritas y criadas.....	6
Carta de Gaspar á Pachina.....	12
Carta de Pachina á Gaspar.....	15
La Esfoyaza.....	18
Concurso de bellezas.....	26
La Lotería.....	33
Noche de Reyes.....	40
Impresiones.....	49
¡Probe Pachín!.....	63
Los duros sevillanos.....	73
¡Yo que barruntaba!... ..	85
Carta sin cierrar.....	88
¡Pido la palabra! ó Esti mundu y' un fan- dango.....	97



Table

Introduction	1
Chapitre I	10
Chapitre II	20
Chapitre III	30
Chapitre IV	40
Chapitre V	50
Chapitre VI	60
Chapitre VII	70
Chapitre VIII	80
Chapitre IX	90
Chapitre X	100
Chapitre XI	110
Chapitre XII	120
Chapitre XIII	130
Chapitre XIV	140
Chapitre XV	150
Chapitre XVI	160
Chapitre XVII	170
Chapitre XVIII	180
Chapitre XIX	190
Chapitre XX	200

Dedicatoria

A la bella señorita y distinguida escritora

María Nieto y Fernández

Como mujer has formado de la vida esta máxima:

«Las ropas de seda, el satén, las escarlatas y los terciopelos apagan el fuego de la cocina.»

Como escritora alcanzaste una envidiable cultura leyendo mucho en pequeño número de libros, y robusteciendo, no el espíritu que creas sino el que comprendes.

Estas son las bellas prendas que hacia tí llevan la admiración de

EL AUTOR



¿Qué más querés por diez perrones?



Antes d' ayer pa hoy, hoy pa mañana
fuíme chandc 'n samantu la galvana,
y lo q' antes me dab' abonda xera
á peazos fuxó de la mollera.

Esti llibru entamé con gran apuru
y en elli trabayé bastante duru;
pos yo taba 'n q' aquesto qu' escribía
mejor que yo ni 'l diañu lo facía.

Pero non poques veces vini viendo,
arreparando 'n elles y leyendo
les cosas qu' escrebían otros homes,
(que non m' acuerdo agora de los nomes)
y miániques plasmäu me dexó
ver qu' ellos lo facín mejor que yo.

Daqué, entonces, afrellóme 'l alma;
cual del diablu fuxó de min la calma;
y si 'l amor propiu tien fegura
(como 'l geniu que va á la sepoltura)
¡mialma toy apañau! ¡quedeme guapu,
teniendo 'l amor propiu com' un trapu!

Dend' aquelo p' acá to paeciendo,
y non sosiego miga nin durmiendo,
pos hasta co los güeyos bien pesllaos
to viendo al par de mín arremellaos
unos homes con llibros en les manes
escrebios de coses asturianes,
tan majes, tan dulces, tan devines,
q' al pie d' elles les mies son pamplines.

Aquello ponme malu; hasta 'l gargüelu
súbem' así una cosa como 'l xelu,
y el llatir y llatir de les vidayes
pae qu' el mió celebru fai migayes.
Luego dame la fuga y toy tusingo
hasta que cuasi voy esmoreciendo,
y el sergón ena cama non me para
como si el mesmu diañu d' él tirara.

Ayer non pudi más y fui 'n ca 'l mélicu
por si quiciaves estó fuá 'l estéricu.
Doutor de fama ye, pero vesita
el home non tenía nin maldita.

Entré pa dientro; senteme 'n un sofá,
y el mió culo 'n él fundióse tan p' allá,
que agarreme al respaldu pe los picos,
pos si non, doy en suelu de focicos.

Cuntéi claru 'l daquelo de mios males
con toos los sos pelos y señales,
y dixo, al saber la mió dolencia,
qu' esti mal non curaba co la cencia.

Mas luego pregunté-i ¿qué diañu tengo?
y un tréminu me dixo que no 'ntiendo.
Explicóse y entós quedé enterao
de que tengo 'l amor propiu afrellao.

Si aquesti ye 'l mió mal, ya más non dura
pos desmasiau sé yo con qué se cura.

Pagué pe la vesita tres pesetes
y al mélicu mandé á facer... recetes.

Pa casa me marché, y, dando 'n pensar
que si la 'nvidia non déxame medrar
porque llibrucos hay mejor qu' el mió
non ye ello cosa de tirase al río.

Non más envidia ya ¡caso con Cristo!
á delgún que se pase pe lo llisto;
y el mió llibru en veranu y en inviernu
ha vendese lo mesmu qu' el pan tiernu.

¿Cómo voy arreglame? Váis á velo.
Ye un descursu que vinome del cielo:
«Dedicar esti llibru á una 'scritora
que otra com' ella non hay de sabedora;
pidí-i una crítica á Secades
d' aqueses que fai élli tan salaes;
y al postre y al fin... non cabe más;
pidir el *prologu* á Pachu el de Melás.

Lo mio valdrá poco, convencio,
pos tal vez pa 'scritor no habré ñacio;
mas llevando 'l mió llibru estos tres dones
dici-i, ¿qué más querés por diez perrones?

Cuco.

PRÓLOGO

Mala idea se le ocurrió á *Cuco* al pedirme á mí el prólogo para su libro *TRIQUIÑUELES*. ¡Qué delito habré cometido para que así me trate el amigo *Cuco*.....!

Soy de parecer que, el prologuista debe de ensalzar el libro que recomienda al público, ó con su fama y renombre ó con un trabajo concienzudo, lleno de erudición y capaz de señalar al lector los defectos ó enseñanzas de la obra que recomienda. Y como ni una, ni otra condición poseo yo...

En cambio, el autor amigo, invocando la más sagrada para mí, como es la amistad, me obliga á que prologue su libro. Y como de este compromiso sólo yo tengo que salir de él, requiero la pluma y doy comienzo á mi tarea.

Queridos lectores: el presente libro.....

* * *

Permitidme que vuelva por la *foz á casa* ó lo que es lo mismo, que trate del anterior te-

ma, del consabido prólogo, haciendo para *inter nos* esta pregunta:

¿Para qué sirven los prólogos de los libros? No sé.

Yo confieso sinceramente, genuinamente, que tiene que ser de muchos *perendengues* el prologuito que yo lea. ¡Tanto abuso se hizo de ellos!

Esto no es que yo diga *de esta agua no beberé*, no, señor; bebí ya una vez y no dudo que seré reincidente en el mismo pecado.

Hay que *distinguir* en esto de los prólogos: los hay espontáneos, de compromiso, y sacados á *tenazón*.

En los primeros, el prologuista habla lo que siente de la obra y del autor, con amor y cariño, contando sus impresiones al público; en los segundos, dice cuatro tonterías para salir del paso, y en los últimos, los que se sacan á *tenazón* ¡ah! si sus autores pudieran hablar claro y con entera libertad.....

Hace pocos días, la curiosidad me llamó á ojear el prólogo de un libro nuevo. En él confiesa el prologuista que, «cuando conoció escribiendo al autor, no sabía gramática, pero que ahora *ya sabe algo*.

Y al leer esto os digo con los brazos puestos en cruz, que sentí en mi cuerpo la *tenaza* que arrancó el citado prólogo al precitado prologuista.

Si valiera jurar (fea costumbre de los que están seguros de que no han de ser creídos) lo

haria para convencerlos de que al trazar estas líneas lo hago con entera espontaneidad, sin que á ello me fuerce más que el cariño del autor y el gusto con que siempre saboreé sus escritos.

Por mis aficiones leo cuanto se escribe en Asturias, especialmente los artículos de costumbres, por donde desfilan tipos y hechos de cada pueblo.

Y así leo y gozo con las *Charlas gijonesas* del popularísimo *Adeflor*; los *Recuerdos de la Villa*, del excelente *Floro de Valdomir*, y los trabajos literarios del mismo estilo de Rosete, Carlos Secades y muchos más.

En un diminuto semanario de Infiesto, que fundó y dirigió el autor de este libro, leí por primera vez unos artículos de costumbres, titulados *Triquiñueles* y firmados por *Cuco*. En ellos el autor sin pretensión alguna, ni alardes literarios, entretenía á los lectores contándoles el tema de murmuración del día en la villa, ó tal ó cual *lío* juvenil que hacía sonreír á las caritas bellas que allí veían retratadas sus inocentes trapacerías.

Cuco con sus *Triquiñueles* consiguió mucha popularidad en Piloña, lugar de acción de casi todos sus artículos de costumbres. El autor hizo una recopilación de ellos y los presenta al público en este libro, que lleva por título el mismo que los trabajos.

No vamos á hacer un estudio de cada uno de los artículos. ¿Para qué? Ahí los tienes, lec-

tor y creo firmemente que te satisfará su lectura suponiéndote amante de esta bendita Asturias. Y aunque no lo fueras, podrás suponer que quien esto escribió tiene una alma sentimental que goza y se extasía con las *grandes pequeñeces* de su querida tierra.

Tal vez lector, si lejos del terruño te encuentras y este libro cae en tus manos, de tus labios brotará una frase cariñosa para el autor, y tu pensamiento volará hacia donde moran el amor de tu alma y el cariño de los tuyos que te recuerdan y te aman.

Sólo esa nota de ternura que duldificaria tu espíritu al rememorar cosas gratas, bien vale desear que consigas leer TRIQUIÑUELES. Entonces el elogio de la obra lo harás tú solo y te exigirás en crítico sin pretenderlo; y al terminar yo esto que llamaremos prólogo, por darle algún nombre, darás tú principio á un epílogo sentimental al recordar lejos, muy lejos, la patria de tus amores, de todos tus anhelos.

Pachín de Melás.

Gijón, Septiembre, 1910.

CRÍTICA

¿Me pides mi opinión sobre tu bable?
¿La amistad la reclama autoritaria?
Pues forzoso es que escriba, que te hable
de tu copiosa obra literaria.

Que conste, pues bien sé que no merezco,
el honor que me brindas, caro amigo,
mas..., es poco decir: «Te lo agradezco»
y voy á ver si llego, si consigo
cumplir esta misión airosamente.
Mas, ¿por dónde empezaré, querido Cuco?
Empezemos diciendo santamente,
que aunque algunos desprecian por caduco,
el «bable» regional, es un acierto
cultivar este género asturiano
que es el verbo feliz—valga el aserto,
de una faceta del sentir hispano.

No rige una ley sola nuestro mundo,
ni es uniforme lo que en él se anida,
y mirando á lo hondo, á lo profundo,
resulta muy compleja nuestra vida.

Leyes, principios, fuerzas, se organizan
en grandes movimientos que elaboran,
y las cosas más nimias se armonizan
y en los grandes principios colaboran.

Por eso, debe siempre cultivarse lo que al fin, es matiz de la existencia, de un pueblo que ha sabido conquistarse una alta y honrosa preeminencia.

Voy ahora á ocuparme de otro hechizo, que es á mi ver un rasgo muy notable: y es que el «bable» de Cuco, es ese «bable» verdadero, espontáneo, castizo...

¡Qué mucho que me encanten «Triquiñueles» y otras cien producciones celebradas, que merecen orlarse con laureles por poéticas, sentidas é inspiradas!

¿Quién duda que es poética (1) esta tierra; de un encanto sublime é incomparable... ¿Y quién puede expresar lo que ella encierra de un modo tan sublime como el «bable»?


¡Adelante, poeta, en tu campaña;
Prosíguela tranquilo y animoso
loando ya el hogar, ya la montaña,
ya el poema amoroso.

Llegando hasta lo hondo, hasta la entraña del alma regional, que es gigantesca, alzando la bandera romancesca que anime el resurgir de nuestra España.

Juzgo, que mi propósito he cumplido,
juzgo, que mi misión ha terminado,
dime si en estos versos he sabido
juzgar tu obra con criterio honrado.

(1) Asturias

Oviedo 13 de Agosto de 1910
Carlos Secades



Veraneu baratu

A GORA miá! ¡Non, si lo qu' está de Dios á la mano se vien, y non hay que dai güeltes! ¡Non hay bien que per mal non venga,

¡Estáte como yó once dís completos atezada contra 'l fierru la cocina iguando fartures y chamuscando la barriga; tarázate los cadriles acarretando agua, porqu' en mió casa non hay otra que dalguna gotera cuando llueve: echa 'l día llavando diez sábanes, y llimpia tres neños que non chas ti tú al mundu. .pa esto, sí Dios, mió pa-esto! ¡Maldita sea mió suerte perra!

Non, si ya lo barruntaba yo desmasiau, porque tengo un güeyu pa estes cosas que no me lu merezo.

Cuando en la calle de Jovellanos decía esto á Matilde, la pobre Domitila la de Infiesto, gruesas lágrimas corrían por sus arrugadas mejillas, que maquinalmente enjugaba, entre uno y otro suspiro, con las sucias puntas del delantal.

—Ya ves, muyer,—decía—la roncha que sacaré un pufu de deciseyes duros á una probina como yó.

—¿Pero fó tantu?

—Sí, fiyina, sí.

—¿Deciseyes duros completos?

—Ni un perru menos.

—¡Vaya por Dios!

—Y juera d' esto les desozones que pasé por tratálos lo meyor que pudi; tou el santu día del señor aventando; non daba la ida po la venida. Agora de tienda en tienda; dimpués camin de la pescaduría, andaba com' un abeyón. Cuando que querín comer de fiambre, cuando que ya yos enfastiaben les parroches, ó ya que si les sardines eren grandes y tenín mucha escama...; ¡Yó sí que debí tener escama de eses condenaes fuera 'l alma!

Miá que marcháseme con deciseyes duricos, ye cuanto el díañe puede descurri!

¡Non, lo qu' es, mialma ché bon veranu!

En cuantes que volvia de Lieres el mió Ramón y s' entere de tou ¡güena l' armamos! Elli qu' estuvo 'l probitin aforrando tou el mes pasau pa poder mercar una tixera y una camuca de fierru, ambes á dos en la metá de usu pa poner un par de cuartos mediu decentes y poder arquilalos como Dios manda....

—¡Miá qué milagru!

—Y sacayos bones perres, pa que luego vengán el caray d' unes famiones tirándoseles de madrillanes, con unos sombreros com' un sardu, mal comparaos, á comer el sudor á una probe...¡ye pa que lleve 'l demonio á cualquiera!

—Tienes razón, muyer.

—Ca vez que lo pienso amorio.

—La cosa non ye pa menos.

—¡Qué va ser de mín, fiya 'l alma!

—Vaya, muyer, non t' apolmones. Pero atiendi p' acá: elles andaben bien portaes.

—Era per juera. Pura aparencia. Allí onde les vis, non tenín otra consolancia que los cuatro trapos que llevaben puestos por non cargar—como dicín— co los baulles; pero ,sí, cuerri p' allá. ¿Tú sabes? Train unes sayuques blanques con unos insiertos de pontilla d' esos de quita y pon, que

que cambeaben ca dos dís pa ensiñales per baxu daqué blanques.

—¡Nunca otru tal vi en los dís de mi vida!

—Si lo que non descurren eses conde-naes, non lo descurre el diaño!

—Y cómo metisti 'n casa eses pejes?

—Verás, muyer; recomendómeles Per-feuta, porqu' ella y' había arquilau. Tuviles once dís, como te cunto, y el martes á eso de les nueve, salieren cargando co los crios. Dieren les diez, les once, les doce, y non había cuenta d' ellos. Yo esmolíame d' afe-chu porque ya taba poniéndose duro como un peñu un trociquin de carne mechau, con unes patatines, qu' era una bendición.

Canséme d' esperar; saquélo q' atrás pa que non s' apegara 'l pote; coyí la manta, chéla so los costazos y díme á buscalos; pe-ro ¡ónde tarín ya!

—¿Non los topasti?

—Nin tuvi cuenta d' ellos.

—¿Y nada t' habín dexau en casa?

—Como dexar, dexárenme una maletina de mano que non peseba muncho que di-gamos, y la que non quisi abrir tan y mientras que delante no estuviés dalgún monicipal.

—¿A qué asunto?

—Por si 'n ella topaba daqué cosa non veme comprometía.

—Bueno ¿y dimpués?

—Vino aquél y entre los dos xurgamos y xurgamos hasta facer saltar el piesllu.

—¿Y por fin?....

Aquí, Domitila, dió un prolongado suspiro, tornó á limpiarse con las puntas del delantal, y exclamó:

—¡Por fin... non había dientro más que tres postales d' un mozu de Xixón y dos puños de crepé!

¡Buen pago para once días de manutención de seis personas.

¡Probe muyer!

GIJÓN.—1907.



Señoritas y criadas

TIEMPO hacía ya que, por distintos motivos que no hay para qué citar, no satisfacía mi predilecta pasión: copiar los sabrosos diálogos de las simpáticas piloñesas, las cándidas muchachas que con sus sencillas palabras adornan mis artículos, á los que dán amenidad y buen gusto.

Desde que hice mi aparición en el estadio de la prensa con esta série de artículos, vengo á ser la constante pesadilla de las muchachas.

Si por ejemplo me extasió ante los hermosos ojos azules de Fulanita, sus amigas pónense de acuerdo para gritarle:

—¡Chacha, non hables ná que t' ahí esi!

—Vaya ¡qué más dá; déjalu qu' esté!

Su tranquilidad es aparente. Tened por seguro que ya no desprende más los labios mientras yó á su lado permanezca.

Así, pues, con los inconvenientes de mi crítica, topo á cada momento.

Las mujeres huyen de mí como del mismo demonio. Si en alguna reunión véis que critican, no les mandéis callar, porque no lo harán, por espíritu propio de contradicción. Decídesles en cambio que llega *Cuco* y pronto las sumiréis en el más completo silencio.

Anoche, en la casa de una muchacha donde algunas de sus amigas concurren, sostenían este diálogo, aunque, en verdad, ignoro lo que antes hablarían.

—Si llega á estar aquí *esi*, luego nos saca nes «Triquiñueles».

—¡Valiente d' aquello está.;

—¿Por qué?

—Porque adesajera les cosas desmasiao y la mitá de les rapaces no hablen así.

—Según y cómo.

—En lo tocante á les que fuimos al convento de les monjes. ¿A qu' entovía te acuerdes tú bien de lo que mos reñía la hermana Angeles cuando mos oía decir,

pongo por ajemplo: *¿qué faces? ¿qué ye?* y otras cosas así.

—¡Miá qué milagru que m' acuerde!

—¿Entós...?

—Non t' apures que bien mal hablamos.

—¡El demonio de la otra...! Mira p' allí! Serás tú la q' hables mal.

—Yó, y toes; que non vá muncho dijiste dos ó tres palabres que me rio yó...

—Bueno, eso ye que se m' apegó algo de mamá, que como pasa muchas temporaes en l' aldea....

En este punto de la conversación se hallabancuando la presencia de un *empaquetado* pollito las hizo enmudecer.

Es este asiduo concurrente de aquella animada reunión un simpático joven, estudiante *muy* aprovechado, pues aunque *sólo* hace ocho años que estudia y no pasó del tercero de Derecho, es que, como él dice, todas las cosas le salen *torcidas*.

Las muchachas se mueven maquinalmente en sus asientos como para hacerse acaso más visibles.

Una le ofrece asiento á su lado, en el sofá. La otra le muestra una silla.

Pero él prefiere tomar conversación con el muchacho de la casa que al lado del pia-

no lee, sin dormirse, una novela de Adolfo Belot.

Contrariadas las jóvenes dicen, refiriéndose al estudiante:

—Val más dejalu.

—Tienes razón ¡rapaz más sosu!...

—A mi ver ye que tien moza en Oviedo y quier guarda-i buenes ausencias.

—No, no tien novia,—dice una hermosa muchacha;—á lo mejor é porque ye él así, muy aquello.

Llega de pronto la dueña de la casa y terminan los curiosos comentarios.

Abandono yo la contigua en que tan á gusto me encuentro, pues había pensado terminar, con esta conversación, uno de mis artículos, y las escaleras bajé mal humorado.

Ya en el portal *tropecé* con la doncella, quien con la franqueza que la caracteriza, me pregunta:

—¿A ónde vá tan apurau, cristianu?

—A buscar asunto para mis *Tríquiñueles*, iba á decirle, mas por no entrar en enojosas explicaciones, concretéme á manifestar que de paseo.

—Si no i dá más, espere un pocu; que i vo dicir una cosa.

Lo que gustes, mujer,—le respondí.

—Qué mil demonios ye esi cuentu que traen co les guapes que tán toes alloríaes?

Se refería al Concurso de bellezas que Pepe Roza y yó iniciamos en nuestro semanario.

Díle oportunas explicaciones y replicó:

¿Sirve pa toes el Concursu?

—¡Cómo para todas!—exclamé.

—Digo que si tamién pueden venir 'n él les criades.

—Si, mujer, no faltaba más; aquí no hay distinciones; el mismo valor tienen para nosotros las buenas cualidades de una doncella como las de la más encopetada señorita.

—¿Non m' engaña?

—De ningún modo.

—Ya me lo paecía á mí, porque verá lo que me pasó, fay el domingo ocho dí: Cuando yó-i diji á la mí señorita que iba á poneme 'l mió mozu muchos cupones....!el demoniu con ella si no s' asolfrió toa y entamó á decime que pa les criaes que non sirvín; qu' era mejor que yo mesma votara pe la só guapura! ¡Home, vá; taba pensando 'n ello; miá p' allí q' aguda! Pero, ¡ay! usté, por Dios i lo pido que non diga nada

• d' esto á la mi señorita, porque si lo sabe márame ó pónme la cuanta na mano.

No pude menos que reirme de la ocurrencia de la cándida muchacha que continuó diciendo:

—Y ye verdá, mialma, que la que gane eso dan-i no sé qué? Me paez q'un abanico.

—Eso tenemos pensado.

—¡Entós....ná!

—¿Por qué, mujer?

• —¡Quítese p' allá, por Dios, qu' escurro non tá güenu; ¡Si lu gana una probe como yó, buen pitu vá tocar col abanico!

—Como otra cualquiera.

—Quiá, non, señor; güena diferencia. Taria guapu que yó fuera dándoles y tomándoles pa la fuente ó á llavar, si á mano vien; col abanico 'n puñu!

—¿Qué solución, pues, hallas tú?

—¿Digoilo?

—Si, mujer.

—Que regalen en ver d' éso, un mandil de doble anchu.

—Lo haremos en tú honor; y si el premio ganares te regalaremos el *mandil* ú otra prenda de vestir que más te agrade.

—¡Ay, gracias, cristianu! ¡qué buenin ye!



Carta de Gaspar á Pachina

I

Queridísima Pachina:
sabrás mio prenda devina
qu' estó dende fai un mes
quedando com' una 'spina
de la cabeza á los pies.

Des que marché del tó llau
(mal, por ciertu, aconseyau)
y finqué los pies 'n Habana,
apellido, atristayau,
y de morrer dáme gana.

Si, Pachina, qu' el morrer,
pa mín será sosegar

y dexar de paecer;
pos ye más grande 'l querer
si tá de pel medio 'l mar.

Pos non tuvo gran razón,
nin ye presona mu llista
quien dixo, sin tón ni són,
qu' el que tá lloñi de vista
tá lloñi de corazón.

Eso non pasa per mí;
bien lo sabes tú d' afechu
q' al separame de tí,
tó corazón en mió pechu
traxi conmigo p' aquí.

Elli de mín non s' aparta
en tou el santu del día
y mientras pongo 'sta carta
non tás de la vera mía
aseparada una cuarta.

¡Xamás pudi barrantar
q' así ciegara 'l querer!
¡Si más doy 'n adelgazar,
non me vas á conocer
cuando me veas llegar!

Yó bien cunto qu' estaría
daqué mal de la cabeza
al marchar, Pachína mía.
¿A qué buscar más riqueza
que mirate tou el día?

Tal me pesa esta llocura,
que si doi 'nella 'n pensar
y más la pena me dura,
voy á la postre á parar
quiciaves na sepoltura.

Güenu, Pachina, no más
por hoy quiero ya cansate,
espero que me dirás
(aunque la pena me mate)
si por fin me dexarás.

Dá recuerdos á Ramón,
á tó primu Baltesar,
á tó madre y á Pilar,
y arrecibi 'l corazón
de tó queridu, *Gaspar*.

L' Habana, Xunio 20, 1907.





Carta de Pachina á Gaspar

II

Queridísimu Gaspar:
ayer llegó al mió poder,
dimpués de nuncho 'sperar,
la tó carta q' al lleér
cuasi me fizo llorar.

Les palabrines tan tienres
que me cuntes, son pa mín
bon remediú; dende 'l viernes
tó mu mala d' un costin
y non me tengo nes piernes.

Mió corazón llate, llate
en sin sosiegu 'n momentu.

¡Ay, Gaspar, no sé que sientu!
O estó lloca de remate,
ó perdí 'l conocimientu.

¡Tou por tí, qué te paez,
estó yo d' esta manera;
pos aquesto remanez
q' aunque comia la cebera
quédame cantiau na nuez!

En tres dís non aprobé
de potaxe ni un bocau,
nin sueñu tranquila ché.
Desque non tás al mió llau
pasa per mín non sé qué.

De mios güeyos ilusión
tendrá que ser lo que veo:
pos siento una comezón
equí, al llau del corazón,
que son celos según creo.

Prieta sombra q' á mió vista
produci tala ceguera,
n' hay quien muchu la resista;
com' esti dolor presista,
sin más vete pue que muera,

¡Bien conozo cómo yeres,
y per mió mala fortuna
tengo mieu d' eses muyeres
como 'l diañu gayasperes,
por si t' agüeya dalguna!

Conque ten munchu cudiau
y non te lledes d' engaños;
cuando dalguna 'l tó llau
ande tras los tós calcaños...
dai un gofiu... y arreglau.

Que no te cieg' otro amor
qu' el q' hasta 'gora sintiste.
Si me quies como dixiste
trabay' á más y mejor
y non güelvas como juisti.

Si sigues queriendo asina,
sabrás que siempre t' espera
y col fondu de só almina
quedráte la vida 'ntera
esta que lo ye, *Pachina*.

Cancienes, Agostu 1.º

La Esfoyaza

DIGACIABA la tardi, una tardi triste y
escura, más bien ya de noche, pues á
dos pasos escasos de nosotros ya non aco-
llumbráramos migaya,

Grandes ñublones tan negros como la fa-
me esmucins' escapaos como 'l diantre, de-
xando per detrás del rabu suyu unos fura-
cos cuasimente más prietos qu' ellos mes-
mos. Tal paecía qu' en cielo habín puesto
á ensugar munches pieces de sayal.

N 'había entamao á salir la lluna per tras
d' un ñublón cuando ya la tapaba otru más
q' á pasu.

Allá pel castañeu abaxo oínse ruxir les
fueyes seques que pulín per entre los caños.

El orpin menudu y calcau ponía pingando la cara d' unu.

Pepin el de Fonsa ensugábase co la manga la chaqueta.

Allargamos el pasu.

Engolósei á Falin un calcañu na raiz d' un arbol y dió 'n suelu de focicos. Chó dos ajos bien chaos y non gurgutó más.

Tábamos ya en metá del camin de la Pereda. Pel otru llau de la vera nuestra oíase el cánticu d' algunos mozos qu' escurro que cual nos irín pa la 'sfoyaza,

Yera 'questa na casona de Manin l' americanu.

Allegamos al praón; deschamos el cibie-llu q' abraciaba la portiella; lladró 'l perru asolforiau, con les pates delanteres sofitaes na paré y acolumbramos lluz en corredor al salir la tiá Xuaca á reñir con élli, que fiel el probe á tal mandatu, esmució 'l rau entre les piernes y acurrucose xunto al bancu del portal, non sin afogar en el gañote el postrer lladriu como si no estuviés tovía conforme.

Non tengués cadiao, qu' el perru non vas fay nada—dixo la vieya—¡Quietu, moro! Alluma p' acá col candil, neña; paé que tás fata. Per ehí non subáes q' hay un furacu.

Y non yera 'qué'l sólu; más de trenta tenía la 'scalera que de vieya caía-se á peazos. Rinchó la puerta la salona al damos pasu y piscanciamos un buen agolor á sudor de patas mecío con fumu de cigarros.

Más de cien güeyos s' arremellaron en nosotros de la qu' entramos. Oyóse falanciar al escuchu lagunos mozos; pellizcáben-se nes caderes les rapaces, pero naide levantóse del só sitiú.

—Rifaela: ¡miá quien tá qui!

—¿Quién ye, chacha?

—¿Non lu conoces?

—Paeme que non.

—Arrepáralu bien.

—Ya lu arregaré, pero non acabo de caer ena cuenta.

—Si, muyer, ye 'l fiyu Victor que 'n gloria esté.

—¡Chacha, cómo se asemeya á su tía Fílo; ¿verdá?

—Tienes razón.

Fícime el desimulau, como que conmigo non diba la cosa y á falta de otra meyor en qué sentame afinqué 'l real na jueya que non s' estaba del tau mal que digamos.

Tenía yo al mió llau, sentada tamién en suelu, una mociquina abondo curiosa, con

los cadriles metios per antre la jueya y les panoyes.

Por mió parte desfueyaba poquiñin, pos nunca en jamás tuvi munchu apaño pa estes cosas y gustábame atropar les panoyes más gordes. Ví una tremenda d' allí á pocu y chei mano; pero quedéme alloriau cuando oigo la moza d' al par de min que decía:

—¡El demoniu del mozu esti; ¿A usté fe-gúrasei que tou el monte ye oriéganu? ¡Miá p' allí si non m' agarró per una pata!

—Non t' apures, muyer, —dixi.

—¿Cómo non voy apurame?

—Mialma si non creí qu' era una panoya.

—!Pos paécense! ¡Qué ocurrencia d' hombre! ¡Vá haber que mercai unos lentes! !Ye ocurrencia, non estremar la mió pierna d' una panoya!

—¡Como non traes medies!....

—Eso, á usté, nada i emporta; non traigo medies porque no me dá la gana ¿oyólo? pero téngoles, gracias á Dios.

Dí la güelta pa 'l otro llau pa non ver la cara q' aquella condenada, juera 'l alma, me ponía, y de pasu pa sentame so 'l otro cadril, por qu' el del llau derechu ya lu tenía del tou aformigau.

Tanta fué la xente q' aquella noche jun-

tose, qu' el que pudo atropar una silluca en que fincar el real poniáse per llocu de contentu, y chaba plantes si xunt' á una moza taba, tan y más contentu de so suerte que si atropau hubiés la cosecha meyor de tou el añu.

La verdá ye q' había ca piazu de carína tan nidia y gayaspera, que mialma dixérase que d' alguna ciudá habín salío pa venir á quitamos el sosiegu.

Escomenzaren les vieyes á cuntar cuentos y cosas más que menos subies de color y paez que non, pero les moces bien que se esmocayaben de risa.

Les panoyes desfueyaes corrín de mano en mano más q' aprisa, hasta llegar á les de Lín de Xuaca qu' en puñaos d' á tres les enriestraba, apertándoles co les xuncies qu' el sobrin de Ricarda i apurría.

Peró ya non son estes esfoyaces como les que mió madre me cuntaba.

Los candiles de fierru con sain habínlos ya cambeau per un quinqué de munchu lujo. Non vistín ya los mozos de pedrosu y gordu pañu; chau habín ya pa un llao el chalecu d' amariella baeta, el cortiquin calzón y la montera, y gastaben cerilles de restallu en ver del cañutu co la yesca.

Non se vía una moza que la saya traera d' estameña, toa al reor con pleguinos enfi-laos. ¿Q' habín fecho del dengue y los corales? ¿Qué de les medies branques y el pañuelu amarrau per cima'l moñu? ¿Cómo ya non traín enes oreyes les rellucientes arracaes? ¿Qué yera aquelo?

¡Tou había cambeau, mialma la mía!

Por eso non tán llibres de mil levantos y calunies.

Nin chocóme migaya oir xunt' á mín estes palabras:

—¿Tú visti otru tal, muyer?

—¿Qué fué?

—¿Non lo sabes?

—¡Como non me lo digas...!

—¡Pos plásmate!

—¡Carai si non tás poniéndome 'n cudiau con tal misteriu ¿Qué te pasa? dílo.

—¡Que dá en dicir la xente que la saya de llana de la mió Carmela fó un regalu que i fizo don Ramón y que si tuvo ó non tuvo que ver con elli...!

—Serán levantos.

—Non lo son non, endita pizca.

—¿De quién salió entós.

—De Ricardona.

—¡Non me lo digas!

Yo non quixera que naide perdiés pe la mió boca, pero estoy en qu' ello hablóse en ca la só prima, que no me puen ver.

—¡Ta, ta, ta; Válgate 'l diantre, muyer.

—¿Tómeslo á pitú?

—Non por ciertu; pero si faces casu de Ricardona vas tár apañada...

—¿Por qué?

—Porque sabes ye una falanciona que tien una lluenta lo mesmu q' un zapatu.

—Ya lo considero.

—Entonces ¿qué carai temes?

—¡Ay, boba; mentanto y non la mió fiya pierde!

—Non fagas caso que nada pierda viniendo dondo vien.

—¡Pero fiyina 'l alma...!

—Calla, por Dios, q' aquesa Ricardona forai meyor non gurgutar, pos abondo dió que dicir la só carola.

—Si, por ciertu.

—¿Acuérdeste cuando l' atraparen en....
¡Dios me lo perdone, si peco; Esperanza:
dáme panoyes.

—Estó pensando 'n ello.

—Cudiau, chacha, que vas perder el don,

—Pos levanta el real y cuéyiles tú, que prestes como yo pa ello.

—¿Traes corsé?

—!Miá p' allí la otra...! ¡Apuesto á que rompisti los codos! ¡El demoniu con ella...! Traigo lo que me dá la gana. ¡Ay qué carai!

—Non t' asolfories que pué que si te pidiera les panoyes el sobrin de Ritina...

—Güeno, ¿qué hay pa elli?

—Hay....(y dijo una palabra fea).

—Pa usté.

—Descarada.

—Mejor.

—A ver si t' apurro.

—Más menos v' apurrir.

—Descúdiate y vas velo.

—Dóilo por vistu.

—Vaya, vaya; tengamos la fiesta en paz,
—dixo 'l ama de casa.

Y ya naide gurgutó.

Dimos fin en un santi amén á les panoyes; apradiamos pa un llao toa la fueya, y Pepin, que ye el mesmu demoniu, escomenzó á tocar la filarmónica. Diérenmos la garulla y bailamos hasta más de les doce.

Y ye lo que yo digo:

¡Qué bien se pasa 'l tiempu 'n estos sitios si non fuá pe les males lluengues!



Concurso de bellezas

HABÍAMOS fundado, mi amigo Pepe Roza y yo, un humilde semanario en el que desahogábamos nuestros ímpetus más ó menos literarios.

Desde los primeros momentos ciframos nuestro sólo orgullo en que aquella publicación fuese leída por el bello sexo.

Pero éste todo hacía menos atender nuestra loca pretensión.

Hasta reirse de ambos.

Cosa que no nos hizo desmayar.

Antes bien aguzó nuestro ingenio.

Y en un momento que nada teníamos que hacer dijimos ¡*Eureka!*

Que es bastante decir.

Pues habíamos tenido una idea.

Abrir en nuestras columnas, es decir, en las de nuestro semanario, un concurso de bellezas.

Que era como poner una pica en Flandes
Suponíamos tan noble nuestro deseo como legítima nuestra pretensión.

El concurso quedó iniciado.

Y los disgustos también,

¡Nunca cosa tal hubiéramos hecho!

Las inconsecuencias del público, hasta cierto punto inconcebibles las pagamos nosotros.

Hemos reconocido á fuer de atentos observadores, el desorden que reina entre las jóvenes elegidas ó no en el Concurso.

Y aún más que en ellas en sus carísimas mamás.

¡Oh, cuánto pueden las leyes de la naturaleza, el amor instintivo hacia las hijas, nietas, primas, sobrinas y demás *parientas*!

Qué atrocidad!

¡Como si fuésemos nosotros culpables de que muchas de las «bellezas» que por ahí pululan luciendo sus caprichos, pasen lamentablemente desapercibidas por los concursantes, á nuestra redacción llegaban frecuentes quejas que si por escrito eran no

hacíamos de ellas maldito caso; pero ¡ah! cuando nos veíamos en presencia de alguna *agraviada* mamá ó tia como la que cierta noche llegó á nuestro despacho.

Serían apenas las once. Manoseábamos las cuartillas de un artículo al que Pepe ponía un llamativo epígrafe.

Sonaron en la puerta dos ligeros golpecitos, y un *¿se puede?* dado por femenina voz, nos desconcertó.

Pepe dió algunas vueltas á las descomunales guías de su bigote.

Yo ordené los papeles; retiramos dos copas que yacían sobre la mesa... y abrimos.

Una señora, cuya cara apenas si se dejaba ver tras la toquilla que la cubría, nos saludó con marcada frialdad.

Por nuestra parte nos deshacíamos en cumplidos.

Tan inesperada como honrosa visita nos desconcertaba.

Le ofrecimos una silla que tenía casi todas las patas.

—Gracias, no me siento,—dijo.

Nos alegramos. ¡Se habría caído, seguro!

—¿Se puede saber, señora....

—Sí,—interrumpió;—y por cierto que tuve suerte en hallarlos solos.

Pepe me dirigió una mirada bastante significativa.

Le comprendí perfectamente y bajé la vista aturdido.

Hubo unos instantes de silencio.

La señora desplegó el abrigo que cubría su rostro, y del bolsillo general (ya saben ustedes cual es), sacó un ejemplar de nuestro semanario y mostrando la tercera plana, nos dijo:

Vengo á hacerles una pregunta sobre esto que aquí dice.

—Leimos: «Dolor de cabeza, se cura.... ¡Ah! vamos ¿padece usted de la cabeza?»

—No es eso; lo que yo señalo es lo de la otra columna.

Y nos mostró el Concurso.

Nos miramos rápidamente como atraídos por un mismo pensamiento.

¡Pretendería salir en el Concurso con aquella cara y á su edad.

—Esto ye un disparate,—exclamó.

—¡Señora..!

—No hay señora que lo valga.

—Pero, si...

—No me digan ná, que ya toy atragantada, y si vengo aquí ye porque la mió hermana dai corte dá ¿entiéndenlo?

—No, señora; pero es lo mismo.

—Esto ye una inominia,

—Explíquese usted.

—De poner equí les rapaces guapes, non está nin mediu bien que dexen afuera la mi sobrina ¿entiéndenlo?

—Menos que antes.

—Non fagan burla, que bien sabe Dios que élla yé po lo pocu muncho más guapa que la metá d' estes.

—No lo dudamos.

—Anque sea probe non por eso pierde el méritu que tien en la guapura de la cara ¿entiéndenlo?

—Ahora, sí; pero nosotros...

—Ustedes... ustedes. Disculpes non i os han de faltar. De que la mi sobrina non venga puesta 'n esi papel, naide tien la culpa más que los dos.

—Usted nos confunde.

—Que los confunda el demoniu.

Pepe lanzó una estrepitosa carcajada.

A duras penas contuve yo mi hilaridad; le hice ver que los cupones los enviaba el público, concretándonos sólo á insertar los recibidos.

—Non me conformo,—añadió.

Pues vea usted:

Y le mostramos los cupones recibidos, que ella minuciosamente repasó.

—¿Quién ye esta rapaza?—dijo, señalando un cupón.

—La que vive en el número 27 de esta misma calle,—replicamos.

—¿Aquella rellambida? ¡Fuérai mejor á su madre pagamos lo que mos debe, que non ye poco, y gastar menos lujo!

—Rogamos á usted que no critique.

—Es que...

—Nada nos importa la vida de nadie.

Se calla al fin y continúa barajando los nombres de los cupones.

—¡Vamos,—dice,—que meter aquesta entre les guapes! ¡Como facemos ver qu' ésta lo ye tamién! Nada, nada; metióseme pel moñu qu' estes son trifulgues de vosotros, y non son guapes más q' aquellas que vos dá la gana.

—Es que su sobrina —repliqué—no tendrá admiradores.

—Si así fuera, santu y buenu; pero tien amigos que í sobra y admiradores ¡juasús..! más de los que i han menester.

—Lo celebramos.

—Bien sabe Dios—añadió—qu' esto no lo fago pol d' aquello del regalu prometidu

que ya pensé yo pa 'scontra mín non sería cosa de munchu provechu, y non soy yo sólu la q' así lo cunta.

—Lo dirán las no elegidas.

—Y otras munches.

De este punto siguieron algunas observaciones más y se retiró sin saludar dejándonos estupefactos. ¡Jamás hemos visto frescura semejante!

¡En este mundo hay mujeres para todo!

¡Cuánto pueden las leyes de la naturaleza, el amor instintivo hacia las hijas y otra porción de cosas!

¿Verdá, usté?





La Lcteria

DESPUÉS del consabido aburrimiento de los domingos, tras largas horas de reposo en el café, respirando la insana atmósfera cargada por el humo de los cigarrros y el acre olor de alcohólicas bebidas, salimos creyendo encontrar en la calle el deseado esparcimiento.

¡Vano empeño..! Las calles están desiertas, apenas si por ellas pasean tres personas. Tampoco en el paseo discurre otra clase de gente que diez ó doce chiquillos que al *marro* juegan.

Así pasa la tarde triste y aburrida, y nosotros como la tarde tristes.

Llega al fin la deseada noche. Ella habrá

de recompensarnos del pasado aburrimiento de todo un día.

En el café «Colón» se juega á la lotería de cartones en cuanto oscurece.

Allí están las jóvenes que en todo la tarde no hemos podido ver.

¿Dónde estarían? Nadie lo sabe.

Pasean por las afueras; van como si unas de otras huyesen.

Si no se odian, tal lo parece.

Aunque procuran ocultar su falta.

Cada grupo de apenas cuatro muchachas, tiene al parecer su bando.

Ello no vá por las simpáticas jóvenes que concurren á la amena reunión del café.

Estas son mis sociables.

Y nada frecuente es oírles estos ó parecidos diálogos:

—¿Vamos pa 'l Calzau?

—¿Qué diz Rosario?

—Que si vamos pa 'l Calzau con ella.

—¡Ay! eso allá vosotres, dir si queréis, pero yo non voy.

—¿Por qué?

—Porque no me dá por allí.

—¡Uy, uy, sé yo porqué ya...!

—Sí, tú sabes mucho,

—Me parece; sélo que me sobra, y quiés que te lo diga?

—No me fai falta ¿A puesto que pienses que m' escondo pa dicilo yo? No, home, no. Dejo de dir porque p' allí sabéis qu' está l' amiga mía que no i hablo.

—¡Buenes repunantes estáis feches! ¡Lo qu' es...! Entós vamos pa la Cueva.

—Si, pa la Cueva; porque sabéis que yo onde fué aquell' amiga qu' está enfadá conmigo,—añade otra,

—Y á tí qué? A última hora, mira, que infle por Napolión.

Y por estas y otras cosas tienen ustedes, lectores míos, explicado el motivo de no hallarse nunca juntas más de cuatro ó seis muchachas.

Pero observo que voy desviándome del tema que en un principio había trazado.

Volvamos al café Colón.

Allí están ya todas reunidas en derredor de anchas mesas, donde con los números de la lotería aparecen confundidos los pintarrajeados cartones, granos de maíz, etc. etc

—Bueno, me paez que ya va siendo hora,—dice una linda muchacha.

—Dáime una colección que tenga el 15.

—No le hace mucha falta; para niña bo-

nita basta usted,—dice un gomoso pollito, queriendo hacer un chiste.

—Siempre has tener salida pa tou—dice ella;—pero de todes maneras gracias por el daquello de llamarme guapa.

—¿Quién tien un cartón verde?—exclama otra.

—Toma, pero ahora fáltame unu rosa.

—¿Estáis todos ya?—grita la muchacha que tiene la bolsa con los números.

—Esperáivos que non tengo sitiú,—añade un joven.

—Ponte al par d' aquella,—le dicen.

—¿Y si se cela 'l otro?

—Bueno, ya podéis callar ¿quién canta?

—Esa que tien la bolsa na mano.

—¿Pusieron todos?

—Espera ver...., sí. 22 perrines val.

—Pues vá bola.

La linda joven agita sus dedos presurosa dentro de la bolsa que contiene todos los números:

—¡Bola...! El 27, el 42, el 30, el 18...

—¡Carai, espera, non vaigas tan á prisa!

¿Cuál fué 'l primeru?

—No repito. Un pelao: el 30; cara sucia:

—¿Qué ye?

—El 13.

- ¡Terno!—dice la que está á mi lado.
 —Miá p' allí qué suerte; entavía no apunté yo más que dos.
 —El 32, el 33, y canto bien. El 6,
 —¿Será el 9?
 —No, que tien el puntu abajo.
 —Bueno, pues entos sigui.
 —El más vieyu; el 61, el 35.
 —¡Calla....échamela!—exclama una.
 —Non les saques á puñaos.
 —Sácoles como me acomoda. 71, 83, 14 y voy po la mía.
 —Espera, non cantes, que me tiraron un granu y corriéronme les fiches.
 —Me paez además que cayó una bola,
 —agrega otra.
 Sepáranse todos de la mesa y Lisardo enciende una cerilla para buscarla.
 —¿Qué ye eso, Lisardo? ¡ay, ay, no me gustes ná! ¡Tú algo mires por ahí!
 —¡Qué maliciosos sois!
 —Ya l' alcontré yo,—replica una joven.
 —Era 'l 29 y queda cantau; el 57, el 25, el 8 y basta pa esta.
 La agraciada muestra el cartón.
 —Podéis mirala,—dice.
 Comienza el minucioso escrutinio.
 —El 14 me paez que non salió.

—Sí, sí, téngulu yo apuntau.

—Pos entos está güena-

Recoge la joven las 22 monedas y hace un recorrido por el lado en que están los jugadores á fin de que hagan nueva postura de dinero.

—Vaya, ponei, porque vosotros sois muy pillos,—nos dice,—y casi nunca ponéis.

Termina la recaudación y al cantar el primer número todos los jugadores guardan silencio.

Silencio que, naturalmente, dura muy poco.

Quéjense unos de su mala suerte; véense otros molestados por los granos que algún desocupado les lanza, y los menos interesados por el juego hacen repetidos chistes con más ó menos gracia.

—Me paez que dieron les ocho,—añade la que se dispone á cantar— y vamos char, la cubierta ¿non vos paez?

—¡Sí, si! —replican todas.

Entonces es cuando reina el más completo silencio, pues la jugada hácese más interesante por su doble valor, y como hay que llenar el cartón, es preciso que no se «escape» ningún número.

Termina con esta jugada la simpática

reunión; las muchachas recogen sus abrigos, y los jóvenes que por fortuna tienen novia á su casa la acompañan.

La noche está triste, oscura y fría; las calles desiertas, silenciosas.

Dibújanse en las aceras fantásticas sombras que en su triste parpadeo producen los mortecinos faroles. Sólo allá lejos suena el monótono *tic tac* de *les madreñes* de un transeunte, quizás el único.

Pasó la tarde del domingo. Luego.... seis días de oficina, para ver al siguiente cómo unas de otras huyen....

Infiesto, Diciembre, 1907.





Noche de Reyes

QUÉ noche pa los neños la d' ayeri,
¡madre 'l alma!

¡Probitinos d' algunos!

Cuántos blincos y retozos darín mun-
chos d' ellos so la cama antes d' apillar el
sueño!

Y dimpués de durmíos ¿hubo dalgún que
dexara de sueñar col regatu de los Reyes?

¡Pué que non!

Barruntarán ya muchos vese arrebal-
gaos 'n un caballo; ya tirando del filu que
fai ruedar un fierru carril, ó si á mana vien
apertando-i la barriga á una muñeca pa que
fale papa y mama.

—Oye, Pin—dicía ayer el nietu Rufa á

otru neñu:—¿vamos apostar yo y tigo la perrona que mos dén el domingo á cual i traigan munches más cosas los reyes hoy po la noche?

—Apostada.

—Pero póngote de condición que ha de ser según como traigan de grande la 'scale-ra ¿oyes?

—¿Qué tien que ver eso?

—Porque agora vivo muy arriba d' una casa nueva, y si ye pequeña la 'scalera, fastídienme, porque no algamen allá ni con muchu.

—Bueno, bueno, no empecipies á poner ya disculpes.

—¡Uy, qué se creerá esti...!

—Sea lo que sea ¿está 'postao, sí ó no?

—Sí, home, sí, tá 'postao.

—Basta de palabra; pero como te vuelvas atrás ¡arréote dos mocaes...!

—Eso será si puedes.

—Ya lo veremos.

—Y los neños van pe la calle pa 'baxo, amirando los escaparates.

Lo malu yera ver el barlomentu que train anoche les probes madres, sobre tou les de la clas trabayadora, trollando fol la per eses calles.

¡Daba llástima veles, como hay Dios!

Co les sayes apertaes en puñu, aparáben se en les tiendiquines del aire onde siempre paez que dan los xuguetes una perra más baratos, y si á mano vien alcuéntrense cosas de provechu.

Non quiero decivos los apuros de calzoes que pasó la probe Sinfo, la muyer del serenu.

Feguravos que tenía que dexar contentucos á cuatro fíos y non llevaba 'ncima la infeliz más que seis riales.

—¡Qué quies que te diga, muyer,—faloi Pepina, la que fai pitos na frábica, que diba con ella:—cunto pa mín que con tan pocos cuartos non vas poder enllenar el güeyu á toos.

—¡Ay, fiya, qué remediú me queda!

—Pos entonces, bien sabe Dios que non han pidite tantu como los míos, que mialma si non paez que-i os fizo la boca dalgún flaire.

Gracies q' á la postre non se-i arregló del tou mal que digamos. Mercó per tres riales dos cornetes y un tambor, y col restu de les perres pudo apillar una pepona grande pa la fia mayor, quei la dieren po la metá de precíu, total por ná: porque-i salía una

migaya ó pocu más de serrin per un cadril.

—Ver veremos si agora m' asocede lo del añu pasau—dicia, mentantu que-i lo 'ngolvín 'n un pedriólicu,—que merqué una muñeca y el degorriu co la neña si non-i comió les pates y púnsose á morrer.

—¿Qué fué lo que pidistes vosotres?—dixi á les neñes de mió casa.

—Yo un caballo, y esta un armariu de luna.

—¿Estarés bien contentuques, verdá?

—Regular—dixo Lola, atristayada.

—¿Qué vos pasa?

—Que paézme que vamos quedar asina, —y la neña pasó aprisa la mano por delante los güeyos como si quisiera espantar alguna mosca.

—¿Por qué?

—Porque barruntaben quedase 'n sin ello ¡y miá p' allí po lo que se-i os afiguró! porque caeren na cuenta que non habín ponidu na pordata que taben mudaes de casa y non diben acertar.

Dame pena el daquello d' estos neños, la verdá como Dios manda; ¡pero qué señal dá más tremenda engurria 'l mió corazón pensando 'n otros munchos desgracias!

¡Probitinos, digo yo al entamar estos rin-

clones! ¡Probitinos, si, aquellos niños que viven pegantes co les teyes, na prietina guardilla, y non tienen tan siquiera unes alpargatines qu' engolar na ventana del teyau! ¡Probitinos d' ellos q' aunque chárense famientos, non sueñeren con pan como 'l rifrán cunta, y sí, mialma, apuesto yo, con muchos xuguetinos.

¡Malaya la disgracia de los probes!

¡Llévela 'l diañu de la vera nuestra, que guapamente tá per allá!

¡Dan ganes de non sé qué pensando 'n dalgunes cosas, coime!

¡Probes de los probes!

¡Ni un día feliz tienen al añu!

¡Cuántos d' ellos, al chase na cama, non pueden poner los zapatinos na ventana por non tenelos!

Llevántense los niños contentucos muy trempanu, apenes amaneciu, y descalzos y en camisa, van camín de la ventana que tá 'n teyau, po los xuguetinos de los reyes, ¿y qué topen? les prietes y moyaes teyes y el caxón esmigayao co les plantes de los claveles.

Y con entrambes manes del llau del revés, apertaes contra los güeyos, lloren como descosíos, mentantu que los fíos de los

señores atropen so la cama de mollides plumas, muñequés, caballos y fierro-carriles.

Al otro día pe la mañana:

—¡Oye, Falin, ven acá!

—¿Qué quies?

—Ven acá, rediez, verás lo que te voy á enseñar.

—¿Qué ye eso, hom?

—¿Tás fatu? ¡Qué va ser! Una caja de carpintería.

—¿Tien tos los chismes?

—¡Miá si non! Tenaces, martillu y toa la pesca.

—¿Quién te lo compró?

—Naide, burru, trajiéronmelo los reyes!

—¡Quita p' allá, inocente ¿pero tú, entovía créés 'n eses cosas?

—¿Por qué non voy ceer?

—¡Paez mentira; y luego quies tiráteles de llistu!

—Mejor; fago bien.

—¡Si tou eso y' una mentira tan grande como hoy y mañana!

—Que lo sea.

—¡Si la caja y tou lo demás que tengas comprótelo tú má!

—Bueno, ¿y á tí qué? Eso, á mi ver, ye que tienes envidia porq' á tí, escurro que

non te trajieren ná; por eso, si, por eso tás tú tan quemau.

—Si dexaron de comprámelo fué porque non lo quisi ¿sábeslo?

—¡Uy, uy, diz que porque non quiso! Eso tenía que velo yo, y así y tou.,.

—Dalo por vistu.

—¡Pa quien te creyera!

—¡Otra! Qué más me dá que lo cras que nen. Si ye que non te fies, preguntailo á mi güela á ver lo que te diz. Verás como ella m' ofració no sé cuantes cosas.

—¡Qué tien que ver qu' ella te los ofreciera! El casu ye que los reyes...,

—¡Ta, ta, ta! diz que los reyes. Ya ves tú que Ramonin ye bien güenu y asina y tou non tuvo nada de regalú.

—¿Nada, nada?

—Ni una consolancia.

—Non pondría 'l zapatu na ventana.

—Non lu puso 'l probe, porque non lu tien, y como la madre ye tamién mu probina ¿qué-i diba comprar?

Les tales alvertencies, ficieren empapillar al neñu, que quedó mirando 'n baxu, con un deu so los llabios. Arreparó dimpués la caxa, y atristayau pe les cosas que Falin i cuntó, dixo:

—Mira ¡rediez! si non fuera por no sé qué, dábai esta caixa á esi neñu que tú dices que la madre tá tan probe.

El neñu pensólo un pocu, y... dichu y fechu. 'N un momentu que la llástima formigoí cuesi toes les frebes del corazón, dixo:

—¡Toma, me caon san diez, llévailu callando!

—¿Y si lo saben en tú casa?

—Que lo sepan. Anda, corri.

—¡Van reñite!

—Digo que la perdí.

Cuerre 'l unu afanosu camin de cas del neñu probe que i van dar la caixa, mentantu qu' el otro queda tranquilu, sastifechu, arreparando per onde aquél cuerre con la caixa apertada baxu 'l brazu.

Topo na cera otros dos rapazuques que se tán preguntando:

—Balbinina: ¿qué te trajieron los reyes?

—Primero creí que no me diben á traer ná, porque dijo mamá que como habíamos puestu balcón nuevu, que non diben poder entrar.

—Eso era por engañate.

—Ya lo sé, ya; que luego alcontré pe la mañana un jugu de lavabo bien guapu.

—¿Y á tí, María Luisa, trajiéronte algo?

—A mí un jugu de sala y otra cosa.

—¿Qué ye la otra cosa?

—Un peazu de carbón.

—¿Pa qué sería?

—¡Ay! ¡ay! ¡ay!—apellida un rapaz que tá 'l par d' estes neñes.

—¿Qué tienes, Luisin?—diz una señora, dende la casa de 'l llau.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay!

¿—Pero qué t' asocede?

—Qu' ésti rapaz písóme 'l coche a lrede, y tau me lu frañucó.

—Aspera, que voy baxar yo.

—El neñu que l' oye, entama á correr y ¡si sería malu el condenau d' él, que según corría tóvia golvió la cabeza p' atrás y diba diciendo:

—¡Jeríngate, anda, jeríngate!!





Impresiones

(DE LUANCO Á CANDÁS)

IMPRESIONES!

Bien ¿y por qué este artículo titulo yo impresiones?

¿Qué otra cosa son el número de mis mal hilvanadas notas que una continuada série de impresiones?

Es, sin duda, que el pasaje que hoy relato ha dejado mi ánimo distintamente impresionado.

Por la materia del artículo juzgará el lector si para ello hay razón.

El coche que ocupó desde Avilés, detiene su monótona carrera, dejándome en el pintoresco edificio destinado á fonda.

Un muchacho que diligente franquea la

portezuela del coche, dispónese á tomar en sus menos mi equipaje.

Salúdanme atentamente los dueños del «petit restaurant» invitándome á tomar alguna cosa. Agradezco el cumplido, sin aceptarlo, y corro al pasadizo que conduce al Balneario, para desde allí contemplar, más á mi gusto, los encantos que brinda el proceloso mar.

Espumosas moles de agua azotan fuertemente el muro que de la inmensidad del mar separa las pintorescas casitas de la hermosa villa. Llegan imponentes, furiosas. Parece como si quisieran romper aquella resistencia que topan en los gruesos mura-liones. Tras el duro golpe que produce sor-do y prolongado ruido, al romperse las olas contra el muro, retroceden mansas, rendi-das, arrollándose por las finas arenas de la playa, hasta que otra porción de aguas les prestan doble impulso, llevándolas de nue-vo á estrellarse con las rocas.

Allá lejos, en el muelle, véense algunas barquillas que se mecen con dasacompa-sado vaivén.

Por la parte de arriba, detrás del muro que circunda algo que semeja vetusto y soñorial palacio y es templo destinado á

los fieles de nuestra santa Religión, destácanse multitud de cabecitas, cuyo movimiento semeja el suave aleteo de las gaviotas.

Son las bellas jóvenes luanquesas que esperan la salida de la procesión.

Con la fé cristiana y el gusto delicado que verifican en esta villa las religiosas fiestas, he visto la solemne del Corpus, con su lucida concurrencia de mujeres, en su mayoría jóvenes, elegantes y hermosas.

Todas visten, con sobrado gusto, la respetuosa mantilla negra.

Con impaciencia esperan, en parte, la salida de los sagrados ornamentos.

Y digo «en parte» porque no pocas de las que tienen la dicha de solazarse con las palabritas tiernas del galán que las acompaña, esas.... esas sienten ver cortado demasiado pronto su amoroso y dulce idilio.

En todo el trayecto desaparece el macadán de las vetustas calles bajo la compacta alfombra que forman las verdes y lustrosas espadañas.

Admirome de ver el entusiasmo con que los niños, y aún las personas mayores, cubren las calles con semejantes gladios.

Y por si ello pudiera ser objeto de vues-

tra curiosidad, como de la mía ha sido, cúmpleme daros á conocer la conversación que, á propósito de aquellos, sostenían dos muchachos.

—Entós qué, Pin, ¿non trajisti espadañes?

—¡Oye, hom, bien daquello estás! ¡Cómo cuntes que diben á faltar les mías!

—¿Onde están?

—¿Por qué quieres veles?

—Pa saber cómo son ¿O ye que crees que voy comételes?

—Son aquelles; miáles allí.

—¿Cuáles dices?

—¡Non les ves, coime! Bien cerca les tienes, y conócense bastante!

—¿En qué?

—En que son les más llargues q' hay dende aquí á aquella esquina.

—¡Buena cosa!

—¿Qué quies entós?

—Que non echas tantas plantes.

—¿Quién echa plantes?

—Tú, que te paecen llargues eses espadañes.

—Y sónlo.

—É que non visti les mías; la carga que yo traje pa char doña Luisa delante de ca-

sa. Mirales, mirales. ¿Qué te paez, eh? Hay que posayos la gorra.

—¡Po, gran cosa! ¿Son tuyes les que tien aquel señor del sombrero negru debaxo de les pates? ¡Apuesto que sí!

—¿Cuáles dices, les que tá pisando aquel home que fuma un puru muy grande?

—Sí, les mismas.

—Pos son les mies. ¿Qué hay pa elles, amos á ver?

—¡Uy, uy; qué espadañes! ¡Si tán axelaes, home!

—¡Coime, miá p' allí lo que se pon á decir, que tán axelaes y trájiles hoy mismu pe la mañana, un peazu antes d' amanecer, de más allá de Perlora!

—Quita, quita p' allá.

—Lo que tienes tú ye envidia,

—¿Envidia de qué, hom?

—De too; de que son muy grandes, si, y más mejores que les tuyes.

—Bueno, pues empánales y déxame 'n paz.

—Paeme que achantasti ¿eh?

—Non tengas pena; entavía no achanto yo por tan pocu.

—¿Entós?

—Porque tengo que dir á curiar otru

brazau d' ellos que tengo xunto al correo, antes que me les lleven.

Y allá vá el muchacho, con su gorra arrugada en la diestra, haciéndose paso entre el grupo de mujeres, que á unas pisa y otras en él tropiezan, para cuidar sus espadañas y sentirse dichoso si por los fieles son las más pisadas.

¡Qué tiempos, Dios mío, qué tiempos aquellos en que yo también sentía estas propias agradables sensaciones!

Profundamente impresionado, apenas si del paso de la procesión me di la más pequeña cuenta.

Los recuerdos que mi imaginación reprodujo aquella noche, no sería tarea fácil trasladarlos al papel.

Muy de mañana tomé el camino que conduce al pueblecito de Candás.

Nada tan hermoso y pintoresco que estos paisajes, á la vista de los cuales el pensamiento se aviva y hacen sentir al alma como aletear de venturas y nacer de ilusiones, que dijo el poeta.

Me encuentro muy próximo al mar, aspirando la suave y fresca brisa de la mañana y escuchando el sordo rumor que producen las olas al romperse en la esclusa de

un riachuelo que discurre en serpenteado camino y piérdese á mi vista tras pequeñas colinas bordadas de verde césped y nacientes pinos.

Todo cuanto me rodea es hermoso. Todo es luz, poesía.... todo me inspira amor, un amor engendrado por la loca fantasía en horas de entusiasmo y de ventura.

Los primeros edificios de Candás, se presentan á mi vista y... fuerza es que lo diga! Esto es algo así como la «contra musa» de mi feliz inspiración.

Desapareció la poesía, la luz, el amor, todo, menos las «brisas».

Que aún existen aquí.... las mal olientes que producen los residuos del pescado, cuando sin tiempo para recogerlos, se pudren en el muelle, con sobrado perjuicio de la salud pública.

Y ¿verdad que esto no inspira?

No son felices sus vecinos, no hay bienestar en Candás si «huele bien».

Y es que cuando este mal olor no predomina, cuando el otro desagradable del aceite que hierve al vivo fuego de las calderas de las fábricas, no hace que nos tapemos las narices, el pueblo está de luto, malhumorados sus pescadores. No gustan aquí de

literaturas, ni por exaltaciones poéticas se dejan dominar.

Constituye regalada vida de este pueblo la abundancia de sardina y de «bonito».

¡Bonito negocio que lleva el pan y la hartura á las humildes viviendas de los sufridos pescadores!

A la caída de la tarde puéblase el muelle de alegres vendedoras, familias todas de los pescadores, que intranquilas esperan la llegada de estos, formando diferentes grupos que descansan sobre la arena.

Componen uno de ellos, el que más atrae mi curiosidad, varias jóvenes muchachas.

Muy linda es una de estas. Su mirada dulce, penetrante, más que simpatiza, subyuga. Negros y hermosos cabellos salen coquetones en sedosas y abundantes trenzas, bajo el albo pañuelo de algodón, amarrado á la cabeza con cierto esmero. En cambio están desnudos sus pies: unos pies blancos y diminutos.

En ellos un momento, paro mi vista.

Cuando con cierta burlona sonrisa se fija en mí la agraciada muchacha, espero oír de sus labios esta consabida frase:

—«¿Qué amira, cristianu?»

Pero no hace otra cosa que bajar sus trapillos y cubrirlos.

Una acción tan sencilla dice, sin embargo, mucho más que la palabra.

Sigo contemplándola con triste ternura.

¿La habré juzgado mal?—me pregunto.

Sin duda alguna; porque si el descarado dominara su espíritu, no torciera su vista avergonzada, ni á jugar con las piedrecitas de la arena se pusiera como buscando el medio de que con la mía su vista no se encuentre.

Sentada en el suelo, con la diestra' abraza sus arqueadas piernas.

Hace de pronto un brusco movimiento; pónese en pié, de un ligero salto, y en su fisonomía, grave y tranquila, dibújase dulce sonrisa de entera satisfacción, á la vista de la primera de las embarcaciones que, con sus velas desplegadas, camina merced al impulso que á los remos prestan los hercúleos brazos de los ocho marineros que la lancha ocupan.

Mécese ella lentamente hasta meter su quilla por las finas arenas de la playa.

Saltan á tierra los pescadores, éste llevando en hombros las pesadas redes, aquéllos los cubos que aportaran la carnaza y los

otros cuerdas, cestas con restos de comida, chaquetillas de alquitranada lona y los distintos utensilios más que el pescador há menester para sus faenas.

Insuficiente la delgada base de la quilla á sostener el mucho peso de la embarcación, ésta descansa en la arena sobre la parte de estribor.

Presurosas las mujeres aligéranla de su preciada carga y en torno de aquel montón de «paxos,» repletos de pescado, comienzan las vendedoras sus curiosos diálogos que, con frecuencia, terminan en serias discusiones.

Sobre aquellos pies menudos y como la nieve blancos, de la muchacha que momentos antes fué tema de mi curiosidad, un pesado «paxu» coloca distraida compañera.

Pierde, naturalmente, la joven la atractiva ternura de su rostro y exclama, con seriedad tal, que infunde respeto:

—¡Vaya, muyer, allá me tarazasti una deda del pié con esi demoniu de sardu.

—Perdona, moza.

—Perdonada tás; pero pa otra vez bien puedes tener más cudiau.

—Tendrelo, fiya, tendrelo.

—Sunción,—se oye decir á otra—¿quies

apurrime p' acá un paxu grande de los tuyos?

—Non puedo; per ahora téngolos toos acupaos.

—Entós ná. ¡Petraaaa!—grita aquella, dirigiéndose á otra—¿tienes desacupau dalgún sardu que m' emprestes?

—Tengo esti, pero tá una migaya de rotu per baxu. ¿Sirviráte?

—Chámelu p' acá 'ver.

Allá te vá: ampáralu.

Y la mujer aquella, sin levantarse del sitio en que sentada estaba, lanzó el «paxu» hacia aquel lado, con tan mala fortuna, que fué á dar en la cabeza de otra vendedora que el tiempo ocupaba en destripar tranquilamente «unes fañeques»

Llevar el golpe... y llevarse con la otra de palabras, fué obra de un momento.

Y perdona, lector, que de esta discusión, sus frases me reserve.

Torno á contemplar la bella moza de los ojos negros.

Tengo por seguro que, con aviesa intencion, un pillo muchacho, en aquel momento, pone su pié sobre uno de los blancos y menudos de la joven.

—¡El demoniu del rapaz esti! Quitate de-

lantre, condenau, que si me valgo del geniú! ¡Carai contigo! ¡Si non fuá 'mirando que yes un neñu! ¡Tabes bien en casa!

Esto dijo la moza, mostrando más compasión que enfado.

—¡Hum!—dice el rapaz, enseñándole los dientes con despreciativa sonrisa.

—Espera, recontra, que voy tras de tí. ¿Tú non ves, Telva, el tó neñu como me tienta la pacencia? Vo day una patada que vá blincar. Dimpués que se quexe.

Dá media vuelta el muchacho para emprender á correr y al toparse conmigo, dice en lastimero tono, alargando su mugrienta mano:

—Señoritu, déme una perrina pa una bolla.

—¿No será para pitillos?—respondo.

—Non, señor, non;—agrega—júroilo como Díos manda que ye pa una bolla, ¡Tengo una fame; si viera!

Quedo un momento contemplando su cara y entonces añade, con maliciosa sonrisa, á sus labios llevando, como para ocultarla, el dorso de su mano derecha:

—Ande, señoritu, démela q' há pagailo el Cristo.

Vaya, pues toma—y le di el perro chico.

—Ya me paecía á mín que non me dexaba usté en sin él.

—¿Por qué?

—Porque tien cara de güenu.

Comprendiendo el chiquillo que había dicho algo que no estaba muy acordes con su pensamiento, acarició la moneda entre los dedos y marchó haciéndose paso por el lado de la apiñada multitud, saltando sobre los cestos repletos de pescado, no habiendo parado aún al perderse de mi vista.

Las familias de los pescadores continúan en sus tareas

—Traí el paxu, Rosa,—dice una de las mujeres aquellas.

—¿Onde vá, tía?

—Voy á casa, que tán colgando les doce y entóvia non pusi el pucheru.

—¡Ah! bueno, bueno.

—En seguidina güelvo yo.

—¡Oye!— dice, volviendo atrás los dos pasos andados—Si dalguna te pregunta po los calamares, son á tres riales.

—Güeno, vaiga descudiada.

—Y ténme muncho cudiao co les fañeques.... non pase lo del sábado. Puedes dir extremando dos ocenes de les más fresques pa la señorita de la fonda.

—¿A cómo salen?

—Bien poco se gana, con mil diantres; pero antes que mos sobren, pues dar tres per un rial, grandes con pequ ñes.

—¡Carai, rapaza,—dice á otra—non tomes tú pocu sitiú, que digamos! Pon p' allá esi paxu.

—¡Calla, moza; bah, bah, pos no eres tú pocu delicada!

—¡Mejor non; ya pa poco, si te apaez, puedes metémelu pe los meollos!

—Non me pondría pa ello muy colorá.

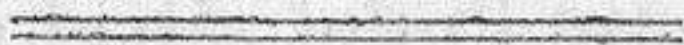
—¡Home, quiá!

—Allá lo veríamos.

—Dóilo por vistu. Calla, calla, por lo que más quieras, que si me valgo del geniú dóite con esta tañeca enos focicos—exclama airada la joven de los pies diminutos y rostro agraciado.

Cáusame sorpresa el brusco cambio de aquella linda muchacha.

Sin embargo, su rostro sigue teniendo mucha expresión de bondad y de candor.





¡Probe Pachin!

QUERÍALA Pachin, si, mialma; queríala con isi afeutu que 'n el corazón ñaz, pero 'n un corazón grande como 'l d' élli y como 'l d' élli tienru. Porque Pachin había perdiu á so padre y á so madre, cuando apenas si cuntaba trece años y dió con sos huesos en ca de Rifael, tiu d' élli y padre á la vez d' una neña que barrunto non vióse otra más guapina y gayaspera.

¡Qué neña, madre l' alma, que neña! Con dos güeyos a' igual que los mios puños, mal comparaos; unos güeyos que relucín como non sé qué, y una boquina que non tando al par d' élla non se vía. Una filera de fabes de la granja á mediu ñacer paecín

los sos dientinos y los llabios ¡non me digas! porque pa facer ver q' asemeyen á les cereces ¡repuño! tienes que ser les cereces gayeres y tar amás bien maduras, porque si non, tienen entovía daqué blancu.

La neña, como tar, non taba muy gorda, pero tampocu huesuda, y en sin ser mofletuda, tenía nos carriellos unes frebes de carne sonrosau qu' eren una bendición de Dios.

Encima de la guapura, tenía toes les mejores cualidaes: llimpia como los corales, trabayadora, artera y más llista que la fame

La rapaza cuntaba cuasimente el mesmu tiempu que so primu Pachin: tenín al pié de venti años entrambos.

¡Daba gustu ver áquelos mozos!

Porque á Pachin y Marichu—como i llamaben p' el pueblu—atopábense xuntos en toes partes: enos bailes, paseos, conceyos y esfoyaces.

Xuntos diben á misa y xuntos, per semana, facin non poques veces los trabayos del campu.

¡Tantu quería Pachin aquella moza, que non sosegaba 'l probe pensando n' élla!

Daqué que non comprendía afrellába-i el corazón cuando se dicía: «¿será pa mín?»

Asina pasaron los tres primeros años: Pachin adorando á Marichu y rellambiéndose de gustu per ella, y Marichu viéndo' abondo dichosa co les palabrines tienres que i dicia aquel rapaz.

Pa élli non había en tou el mundu otra maza como la so Marichu, pos queríala lo mesmu que á les neñes de sos güeyos.

Ella, per so parte, tou-i paecía pocu pa 'l so Pachin, pos tamién escurro que taba d' afecho 'namorá.

Dixérase que no más habin ñaciu 'l unu pa 'l otru,

Tal era 'l afeutu qu' entrambos se tenin.

Un afeutu tan grande como hoy y mañana.

Les cosas diben asina, tan campantes; hasta q' un día, el demoniu que non para, tentioi la pacencia á Pachu, y Pachu arri-móse á la rapaza una migaya más q' otres veces; pero non barruntéis que lo fizo con mal daquello.

¡A güena parte váis!

No, home, non. Púnxose al par d' élla p' amirar si los güeyos-i falaben, y non sé si per costume ó per deseú, pregunto-i mu cariñosu, poniéndo-i una mano per enriba del costín:

—¿Quiésme munchu, Marichu?

Y Pachin asperó la rispuesta, amirándola de cerca, co la cabeza un pocu entorná.

La moza, á tou esto, non gurgutó.

—¿Non m' habrá comprendíu?—debió dicise Pachín.

Otra vez l' amiró así como atontau; tascó los costazos y tiró dimpués del canisú de la brusa que per ollos-i pingaba, hasta ponelu al par de les cervices.

A mió ver 'l home taba 'cobardau.

Golvió fala-i col mesmu cariñosu accentu y tampocu la rapaza gurgutó.

¿Qué mil demonios tendría?

¡Non, puño, lo qu' es ella algo gordo-i había pasar; porque si non el diaño me lleve si la neña podía tar asina!

—Dime, prenda, ¿cómo calles tantu?—faló Pachu—¿por qué non m' arrespundes? ¿Ya non te dá más per mín?

Desfacíase 'l home en dolzura y nin por eses....

La neña siguiá empapiellada, col codu sofítau en respaldu del escañu y la mano zurda na vidaya.

—¿Qué ties, Marichu?

—Dóxame 'l alma 'n paz—dixo ella nau secona.

Pachu apurrióse una palmotiada metanos de la frente, bastante recia, por ciertu, qu' escurro hubo mancalu y aseparose d' élla sospirando.

Yo, ¡barájoles! paeme que quiero dar en clau de lo que jué:

Como la 'nvidia ye tanta 'n estos pueblos, ¿quién vos diz á vosotros que non habín entamau ya les habladurías?

¡Miá qué milagru!

Pos así que non hay falancias que digamos 'n esti pujeteru mundo.

Mermuren les vieyes no más pel afán de dar la llengua, y les moces pe la 'nvidia, que non les dexa medrar.

¡Asi tán dalgunes d' éllas d' espirriaes!

Llástima grande ye qu' estes condenaes, juera 'l alma, non se vieren como yo dixera.

Les habladurías, claru tá, que tienen les pates más lixeres q' un raposu, allegaren de seguida á oides del tíu Ritael que lu punxeren per demás sobre cudiau. Tomó sos medidas y quitoyos del tou cuasi de vese, no más pel amor de cuatro felpeyones.

Ya Pachu non podía falar con la moza tan y mientras qu' el tíu delante no 'stuviera.

Non ye milagru q' al probe rapaz-i ficie

ra 'quello 'l afeutu d' una polmonía y escomenzó arruinar que metía mieu.

¡Vaya por Dios; ¡Nunca mos ha de faltar una!

Como tiemblen les jueyes de los robles al empuxe del aire, asina taba, po los nervos, el cuerpu de Pachin.

Tanta pena, estremecio-i el corazón y ya non tuvo dend' entonces más sosiegu.

Comía poquiñín y dormía menos, hasta que fói poniéndose 'l probetayu más flacu y estirau q' una guiada.

¡Munchos dís pasó 'l desgraciau sin que con élla pudiés falar ni tan siquiera dos palabres!

Non los dexaba 'l tíu á sol ni á sombra.

Non quiero decivos les cosas que po la quintana falaben d' aquellos mozos.

¡El diañu me lleve si daben callada!

Y á mió ver, los que daben en decir que tenín pensau iguar el casoriu de Marichu con un pinguita, non diben del tou descaminaos.

Paeme q' aquelo tenía barruntos de ser verdá.

El mesmu padre de la rapaza plantóilo en picu á Pachu, sin andase con remilgos, pa que de una vez pa siempre dexara de fa-

ce-i luego la rosca. ¡Y hasta creo que lu amenazó con un trancazu!

Por otru llau, non sé los miramientos y alvertencies q' á la so fiya-i faría, pos d'nd' aquel momentu cambeó Marichu per completu.

Ya pa élla no era Pachin el d' otras veces. Paecía fastidia-i cuantu dicía, y aquel probe rapaz, antes gordu y colorau, tornóse amarillentu y flacu lo mesmu q' un defuntu.

¡Qué diba facer el disgraciau, si afrelláben-i el corazón aqueles cosas!

Cuasi que toes les noches, en ver de disse pa la cama, quedaba mediu 'chau so 'l escañu del pasillu, y allí taba, 'n aquella escuridá, pensando la mar de cosas, hasta qu' l cansanciu ponía enriba del so cuerpu llaceriau la mortaya del sueño. La sangre faciase cristal en les sos venes; esmigayau el corazón, ingrientos los llabios de la fiebre del recuerdu, gufaba en ver de respirar.

Entós renegaba d' haber ñació; maldicía aquel vivir... y lloraba, si, lloraba unes llágrimes lo mesmu que 'l mió puñu y muncho más amargues que la fiel.

Pero non taba ni mediu bien—dicía él—q' así lu vieren y en cuantes amanecía

ensugaba les llágrimes con la pica de la brusa, sosegábas' un pocu, 'chaba mano del maniegu y la guadaña y en sin aprobar bocau, marchaba pa 'l prau de la Corrada pa poder, soliquin, sospirar más á so gustu.

De cuántos dís fizo esto non tengo bendita cuenta.

El casu ye que 'n aquella soledá, asentau so la macona, con los codos sofitaos nes rodies y la sudada frente fincada nes dos manes, pensaba 'n Marichu y lloraba, y al facese cuenta qu' el americanu-i robaba la prenda querida, aquel cachu del so corazón, rucaba los dientes que metía miedu, y, apertando los puños na cabeza, decía:

—¡Ah, ladrón, ladrón, si non fuá mirando á Dios y yo t' apillara 'ntre les uñes...;

¡Si non t' esmigayaba... que josticia;

Otra vez escuendía la frente 'n ambos puños y entamaba á llorar.

Asina pasó 'l rapaz non pocos meses.

Bien lluego corricése pe l' aldea que la boda de Marichu con 'l americanu taba preparada pa un día d' aquellos.

Ya la moza non falaba ni migaya con Pachin y hasta golvía 'l focicu pa otru llau cuando 'l rapaz pasab' á la so vera.

Elli rumiaba p' adientro tou aquelo por

non dar que dicir, y con eso, claru tá, todos crein que Pachu taba ya curau de la llaceria.

El primeru 'n pensalo jué 'l pá de la rapaza. ¡Miá qué milagru! ¡Yera 'l remediú más mayor pa que non-i remordiera la conciencia!

Pero los díis pasaben y Pachin afluacaba tantu que ya se-i contaben bien agustu una á una les vanielles.

El pá de Marichu (home, á mió ver y entender, de mala guedeya) tramó un des-cursu de toos los diablos.

¡Y como si-i paeciera pocu lo q' habia techu con élli; como si barruntara que non tienen corazón ni saben sentir los que son probes, vase élli y mandó-i á casa 'l Cura con un papelucu!

Si vos digo lo qu' era 'quelo, non lo queréis creer. ¡Qué váis creelo!

El probe rapaz non sabía lleer, y arremellaba los güeyos enfrente del papel como si quisiera comer aquellos garabatos que non entendia.

Tan atontau diba 'l home que abrió d' un contronazu la portiella del prau de la Llera.

Cuando levantó los güeyos pa ver en lo

q' había tropezau, topóse de manes á boca col tíu Pedro, que venía de Sellón de dar la 'scuela.

Más á tiempu ni tampocu, señor maestro—dixo Pachu, blincando de gozu,—léame aquesto: faga 'l favor.

—Trai p' acá.

Sacó don Pedró del bolsu los antiojos, arrellanólos en metá de les ñaricos; escarrió dos ó tres veces, y entamó asina:

«Quieren contrayer matrimoniü....»

Pachin non oyó más. Un sudor friu pulió-i per tou el cuerpu y quedó lo mesmu q' atontau.

Toma, rapaz—dixo 'l maestro, allargando-i el papel—;bien te vá dir de boda!

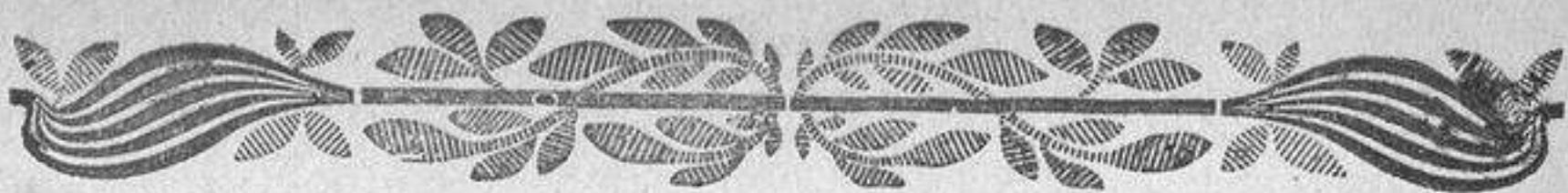
Yeren aquellos pregones los del americanu con Marichu.

Pachin non pudo gurgutar palabra y chó á correr camín abaxo como alma que lleva el mesmu diañu.

Aquela noche non paëció golver per casa el disgraciau.

Pe la mañana, apenes amanecio, vieron Marichu y so pá que pe la riega del molín, raspiando con les estrenches paredes, venía un home afogau.

!Era 'l probe Pachin!



Los duros sevillanos

DE vuestra memoria no se habrá seguramente apartado el recuerdo de aquella disposición sobre los duros sevillanos, dada por el ministro llanisco señor Sanchez Bustillo.

Este proyecto, lo mismo que el otro del reloj de las 24 horas, hemos de confesar que si no salvaron á nuestra pobre España, faltó muy poco.

La propuesta fué desestimada, y el problema quedó solucionado.

Poco tiempo después moría el ministro, no sabemos si de pena.

No son para contados los disgustos que aquel hombre ocasionó.

Unos comerciantes negáronse á admitir las monedas que habían “nacido” en la tierra de María Santísima.

Otros ponían múltiples reparos.

Y de todo pagaba el público las consecuencias.

Lo que no pagaban, de momento, era el género. Había comerciante que antes se dejaba saltar un ojo que tomar un duro, de cualquier año.

Fué aquel el de gracia para los malos pagadores.

Robustiano Menúdez fué de los hombres que más grandes prodigios hizo con un duro sevillano.

Llegaba á un estanco: pedía, ahuecando la voz, una cajetilla de “cero cuarenta y cinco”, y cuando ya la tenía en el bolsillo, arrojaba despectivamente sobre el mostrador un reluciente disco, y decía:

—¡Cobre!

—!Hombre! “Cobre”, precisamente, no será—añadía la jóven estanquera queriendo hacer un chiste;—pero es sevillano y basta. No puedo tomarlo.

—Bien.—añade el pufista con una frescura sin igual—No hay nada perdido. Lo cambiaré en la taberna de la esquina, que

su amo es muy amigo mío y descuide que vuelvo por aquí.

Y claro está que vuelve.... la espalda.

Lo que hace en la tienda de la esquina es tomar unas cuantas copas “á la sombra” del duro sevillano que tan poco allí quieren cambiarle.

De aquel sitio se despide argumentando que efectuaría el cambio en el establecimiento de la contigua calle.

Así, por medio de tan inocente engaño, liba infinitos clines de morapio y atesora no pocas cajetillas.

Aquel duro—como el joven decía,—era una mina.

Y lo que tanto favorecía á los granujas, constiuía serio conflicto entre las personas honradas.

Cambéem' esti duru—dice al dependiente de un comercio una polesa.

Mira aquél la moneda con marcada escrupulosidad y exclama:

—¡Este duro es sevillano;

—¡Bah...! Paeme que tien ganas de dala!

!Qué va ser sevillanu, si me lu dió Pérez en Nava 'l sábado pasau!

—Como si se lo dá á usted el Nuncio; es sevillano.

—Yo non ye por el daquello de lo que val el duru, pero aquestes cosas puédenme muncho. Porque amos ver, cristianu 'l alma ¿en qué mil domonios-i conoz que ye sevillanu, hom?

—En el rizo de Alfonso.

—¿En qué...?

—En el rizo este.

—Vaya unes alicantines. ¡Nunca otru tal me pasó en los días de mi vida! ¡Bien pudieron habelu tosquilau!

Malhumorada marcha la polesa y con el propio fin penetra en el inmediato comercio.

También allí le dicen que el duro es sevillano y no menos sorprendida vuelve á preguntar:

—¿En qué-i lo conoz, en el rizu?

—No; en ésta parte del cuello que está más pronunciada—dice, pasando la uña por aquel sitio.

—Ye que usté tien la uña muy llarga—añade la polesa—¡y miá qué milagru que se-i enriede!

El dependiente la mira con cierta seriedad.

—Otru que non tenga les uñes tan llargues como usté—sigue diciendo— ¡mal sa-

rapicu m' apaña agora mesmu si dá 'n ello!

Marcha la pobre mujer sin conseguir su objeto; penetra en la tienda primera que halla al paso y apenas se aproxima al mostrador, le dice al hortera:

—¡A ver les uñes!

Instintivamente, “sí que también” muy sorprendido, pone el muchacho en las de la polea una de sus manos, no sin antes limpiarla ligeramente con la blusa.

—Vaya, vaya, con usté tamos juera de cudiau—dice aquella, soltando la mano del dependiente y llevando la suya á la faltriquera.—Tome: cambéem' ésti duru.

—No puedo, señora; es sevillano y estamos avisados por el amo para no tomarlos.

—Mira: á mi plin, que soy d' Uvicdo.

El muchacho la mira sorprendido.

—Abondo m' extraña—prosigue—que pueda usté conocer qu' ésti duru non ye d' aquí.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Razón es esa que no convence.

—Bueno, bueno; déxame 'l alma 'n paz. Yo lo que quiero ye que tú me prebes (porque tienes les uñes muy rapaes) en qué conoces que ye sevillanu.

—En el año! Vea usted: 1898.

—!Malañu,...!

—Y todos los fabricados en esta época son falsos.

—¡Déxeme plasmada, mozu!

Ya está la polesa próxima á la puerta para marchar y volviendo hácia el mostrador, replica:

—¿Y entóncenes a questo non tendrá posible arreglu?

—No veo forma.

—Pos yo, sí.

—¿Cuál?

—Raspando-i el rizu.

—Buena es la idea; pero se conoce en el año.

—Raspáncosilu tamién.

—Pero se distingue igualmente en el cuello que está más levantado.

—Fundímosilu d' un golpe.

—¡Señora! ¡Con tanto raspar y fundir quedaría tan desfigurada la moneda que ni el propio Romanones la conocería. Preferible es que "se lo meta" á una aldeana de por ahí.

Y allá vá la polesa caminando á grandes zancadas.

Ignoro cuánto tiempo tardaría aquella

mujer en cambiar el malhadado disco; pues yo tenía más que hacer que andar “al rabu suyu”.

Hablo de la polesa como si yo fuese un técnico en estas cosas y no sabes, lector, que me volvía loco cuando tenía la desgracia de que me diesen un duro; pues ya nada eran las muchas señas que daban para distinguir los tales duros, comparadas con las que más tarde publicó la prensa.

Con decirles á ustedes que reinó confusión en el ministerio de Hacienda, ante las grandes dificultades con que tropezaban los “técnicos” para determinar con exactitud, las diferencias con que han de distinguirse los duros sevillanos de los otros, queda dicho todo.

Vamos, que si tal sucedía á los técnicos ¿qué no habría de acontecer á los 99 y... “medio” por ciento de los españoles que no lo son?

Una buena señora, dueña de un modesto comercio de ultramarinos, la cual señora tiene en mí depositada toda su confianza, pues llevamos las cuentas por partida doble (una partida cada uno), me llamó ayer tarde:

—Ven acá, “Cuquín”, que me dixeran

que traía la *Gaceta* aqueso del caray de los duros sevillanos, y como tú sabes más que la *Gaceta*...

—Gracias.

—¡Bah, bah! non se merecen. Ya sabes tu qu' éstes cosas dígoles yo sin el daquello de la 'dulación, porque non me gusta ben-dita pinta ser patagüeyera...

—Bueno, doña Ramona: ¿en qué puedo servirla?—dije, porque élla terminase las consabidas adulaciones.

—¡Ay! Ye verdá. Miá qué tonta soy.—añade dándome una ligera palmada en los hombros.—Llamábate pa que m' amires á ver si entre los duros que tengo hay dalgu-nu sevillanu.

—Tal vez no pueda conseguirlo, porque antes de eso se vuelve uno loco; pero nada se pierde en intentarlo. Saque V. para acá algunas monedas.

La señora se dirige hácia un viejo baul forrado de peludo cuero y de él toma una pesada bolsa que coloca sobre el mortrador.

Cuidadosamente desenrolla los dos metros de cinta que la cierran, operación que le llevó no poco tiempo.

Extendidas ya las monedas, digo á la señora que es preciso separar las de los años

de 1876, 77, 78, 83 y 84, que fueron las épocas en que más duros ilegítimos se fabricaron.

La buena señora dispónese á efectuar el escrutinio, asentando en las romas narices sus anteojos.

En distintos montoncitos colocados ya los duros, comenzamos por los del año de 1876.

Referente á éstos dice la “Gaceta”:

“Las letras de la leyenda están más próximas á la orla del canto...

—¡Demontres col girigay—dice la señora, que ya comienza á impacientarse—Eso, ni ‘l demoniu lo ‘ntiende!

—Calle usted; tenga más calma, que todavía quedan algunos detalles. Dice: “El hueco del oído es más estrecho y más alto”,

—Quita, quita por Dios. Apúntam’ aquí ‘n ésti papel la fecha, que d’ esi añu non tomo dengunu ni á mi madre.

—¿Por qué?

—Porque sí, hom. ¡Buena gana tengo yo d’ andar escarabicándo-i la oreya p’ ainirar si tien el furacu más grande ó más pequenñu! Non por ciertu; tengo más que facer.

—Bien, axaminemos otros distintos. Estos de 1.877, se distinguirán en que las le-

tras de la leyenda están más próximas á la orla.

—Déxame d' orles y de leyendes, con mil d' á caballo!

Continúo, sin hacerle caso:

...y la palabra "La" muy cerca de la cabeza.

—Yo sí que tengo la mía lloca—dice.

Tampocu tomo esos á dengunu. Pónmelos equí apuntaos.

—Vea usted, estos de 1.875 se conocen en que el párpado superior está borroso, el escudo hállase muy ensanchado, la perla del florón torcida hácia la izquierda y el óvalo de los lises tiene 22 rayas.

—¡Esto sí que tien 22 pares de..... demonios! Quita, quita p' allá, que ya toy apolmonada: Véte 'chando 'quí—dice abriendo la boca de la bolsa—que ya tengo la cabeza lloca. ¡Vayan pa 'l caray los ministros y los duros sevillanos; vayan toos con mil demonios y el porteru, que yo, por mín, non tomo otru duru á naide. Han pagame toos, dende 'l primeru hasta 'l último, en pesetiques ó en perres. ¡Ay sí, sí, mialma Y agora, si non te dá más, estáte 'quí una migaya mientras que voy en ca don Satorio á cambealos todos.

No es posible oponerse al mandato de la buena señora, y sentado, de codos sobre el mostrador, quédome barajando en mi imaginación aquellas confusiones de escudos, orlas, lises, óvalos, oidos, los perfiles, las rayas...

—Una perrona de sal— dice una simpática jóven, llagando hasta mí.

Continúo yo extasiado en aquellas combinaciones de los duros é impensadamente le pregunto: ¿Cómo quieres la sal, con orlas ó con óvalos?

—¿Qué diz, cristianu 'l alma? ¡Pa mín que non tá güenu!

—Perdona muchacha. Distraido en estas cosas no sé lo que me digo. ¿Cómo quieres la sal, blanca ó morena?

—Blanca.

—¿Y gorda, ó molida?

—Como quiera, cristianu, como quiera. Despácheme luego, que tengo prisa.

Dáme por reparar en los ojos de aquella muchacha que me parecen grandemente bonitos y ya tenéis á Cuco la mar de “acaramelado”, prodigando á los hermosos ojos de la jóven tantas frases galantes como vueltas sobre el mostrador dá al paquete de la sal con el fin de hacer el tiempo lo

más largo posible. ¡Dicen tanto algunos ojos; que....

Incalculable es el tiempo que aquella escena se prolongaría si la muchacha no toma el acertado acuerdo de arrebatarse de mis manos la mercancía, exclamando, al tiempo que precipitadamente sale de la estancia:

—¡El demoniu del mozu ésti qué suelta la tien! ¡Nunca otru tal ví!

Vuelvo á sumir mi pensamiento en la misma confusión de los discos sevillanos.

En uno que cuidadosamente examinaba iba contando ya diez y nueve rayas en los lises, cuando inoportuno mendigo me interrumpe:

—¡Ay, María Purísimaaa...!

—Sin pecado concebida.

—¿Dám' una limosna po 'l amor de Dios?

—Que él lo ampare. No está aquí el ama.

Marcha el mendigo mascullando unas frases que no entiendo y termino mi tarea.

Llega la buena señora hecha una furia.

Me dice que unas cuantas monedas habían cambiado de nacionalidad.

¡Eran filipinos!

Lo que la mujer dijo del gobierno..... en fin: cambiemos de tema, por si acaso.



¡Yo que barruntaba...!

Non llores, mio prenda,
non llores, mio vida;
ensuga eses perles que de los güeyinos
pulen, relucientes pe la tó carina.
Anda, non te pongues
triste y affixia
y dime qué pena desfai el tó pechu,
dime quién robóte del tou l' alegría.
Vaya, non te volties,
gólvi la carina;
non te pongues triste;
probitina mía,
¿faite per si acasu nin miga de dañu
q' así te platigue? ¡dilo, mi vidina!
¿Por qué t' asolfories?

Aténdime, mira:

ya tán resbaliando otres dos perlines
que pulen allegres, y muertes d' envidia
quieren axuntase,
quieren tar cerquina,
pos mialma non pueden vivir sin esotres
q' há pocu na manta caérent' encima.

Non te pongas triste,
probitina mía.

Toma 'l mió pañuelu
y con esta pica

que no 'stá, barrunto, nin migaya puerca,
esos dos lluceros de tó cara, llimpia.

Non dés los costazos.

non baxes la vista;

si d' aquesi modu dalgunu te viera,
que tás enoxada comigo, diría.

Ven p' acá, mio probe,
miá pa mín, mio vida.

Non dés sospirinos, no más t' asolfories,
que pónesme 'l alma del tou afixía.

Ya tienes pingando

'sa cara tan nidia.

¿Llores por mió culpa?

Dílo, probitina.

Dí si per ventura te fici un mal tesciu
de palabra ó d' obra, sin ver que dicía,
que quiero pedite

to perdón, asina,
fincando aquí embaxo entrambes rodies
fasta que tú mandes poneme p' arriba.

.....
.....

—Pos puedes quedate
si non tienes prisa,
que xúrote, mialma,
como só María,
que llásima grande ye q' así te pongues
pos por tí non lloro nin peno una miga.

—¿Y cuál y' el motivu
de tar compunxida
y tengues enllos de perles los güeyos..?

—Aquesta cebolla que 'n ellos me pica.

—¡Me caso con Cristo!

¡Y yo que creía...!





Carta sin cerrar

QUERIDU Gaspar del alma: dexara yo de cumplir en concencia como debo si á tí, que yes llocu pe la Madalena non te punxera al tantu de lo que per equí pasa.

Pensamos qu' el otrú día, cuando los del nuestro bandu tenín entre manes aqueles fiestes tan morrocotudes, pensamos, dígoté, qu' iba ser pa nosotros un día d' escoyies sensaciones, un día d' abonda folixa, pa 'char á un llau 'l aburrimentu y les munches desazones qu' el alma mos afrellen día y noche, que mos amarguen la asistencia, ya élla de per sí, bastante perra y condenada.

Dame pena cuntar lo que pasó.

Si yo fixera otru tantu con estos mozos y les guapes llanisques, caérame la cara de vergüenza. ¡Ay! Si mialma.

Muy llargu y tendiu quixera yo escrebite; pero, chacho, mal apenes si puedo.

To pensando sin aparar en dos llanisques (guapes como éles soles) que viven p' hacia 'l llau d' allá del muelle. Faigo comparancies á mi modu y escurro que non puedo dar con otros tan gayasperos güeyos, con otru semexante porte de reines, ni con centures ni tou el daquello pel estilu.

Yo cuando veo una guapura así, me caso con Dios, paez que amorio y pónseme un barlomentu en el celebru de la cabeza, que munches veces digo yo pa escontra mín si estaré llocu.

Pos como t' iba diciendo, allegó 'l día de la Madalena; preparóse tou; vieno la música y entamaron á colgar una de lluminaries, que nunca otru tal vi.

A les nueve ya taba tou Dios en paseo. El llujo ¡non te digo! deslumbraba. Y cares guapes habiales á dar con un palu. Tabes á lo mejor arreparando una neña que te gustaba y de seguida ya se te ponía otra delante y luego otra y otra que te gustaben mucho más. ¡Non hay ni una fea!...

Algo que yo non acabo de comprender tienen les notes de “la jota” ó les del “pericote” y les pates de les moces. Tal paecen una mesma cosa: La música y el baile entamen á la par.

De bones á primeres paró el toque y les parejas escomenzaren á cuchichear faciendo comentarios de lo ocurridu, y, pudi enterame por dos moces de xunta ‘l mió pueblu, que tán aquí tomando baños, á dos ó tres por día, como les cabraliegues,

—Entonces—dixi—¿qué ye lo que yos pasa que non toquen?

—Déxeme ‘l alma en paz, cristianu... ¡A quién se-i ocurre! ¡El demoniu del hombre; pos non tuvo mala ocurrencia!

—¿Pero qué pasó, neñes?

—¡Qué diba pasar, casi nada; si se-i fegura pocu, avise!...

—Pero...

—Sosiegue, cristianu, non sea tan puestu en puntu. Pos pasó—dixo, mentantu que sascudía el polvu de la saya—que ‘l diante del alcalde empéñase agora que non hemos de bailar.

—¿Entós?...

—Porque diz que se levanta munchu polvu ¡Cudiau, por Dios! ¡Bah, bah, que no

lo tien pocu delicau el home, que digamos!

—Si, pe la cuenta—diz la otra.

—Tú qué créés, boba: eso son desculpes, bien probes por ciertu.

—Razón ties que te sobra. Y yo, pa mín non quixera, mialma, enquivocame, pero vaeme que quiero barruntar de ónde remanez tou lo que pasa. ¡Y qué lloñi tá de ser po 'l amor del polvu!

—Tendría mieu que se-i metiera pe les ñarices.

Esa ye la llástima. Si tragaba polvu que estornudara. ¡Miá qué mal-i vendría! Aforraba de tomar rapé.

—¡Agora vaya una comenencia! Non lo qu' es, yo non i la perdono aunque muchos años viva... ¡Miá de qué me prestó perder el bañu y la misa de diez, por tar toa la mañana del Señor chand' un gordón á esta saya, que ya traía 'l otrú del tou esfilachau dend' el día que bailamos na Vega la Portiella.

—¡Y yo, muyer, que no más cuntando con ésto merqué los zapatos de alona! ¡Qué nesecidá tenía de gastar los once rialucos que me costaren!

—Calla, moza, q' al fin y á la postre non lo tienes del tou perdiu.

—¿Cómo que non lo tengo perdiu?

—Quiero dicite que los zapatos valen lo que te costaron guapamente, y un calzau asina nunca sobra.

—Razón tienes, pero...

—Déxalo, déxalo; non echas más tres d' ello nin t' apolmones por tan pocu. Si non ye hoy, ya bailaremos el domingo.

—Bon consuelu de tripes me dás.

—¿Por qué?

—Porque sí, hom. ¡El domingo ónde taré yo ya!

—¿Cuándo marches?

—En pasando mañana.

—¿Cómo tan lluego?

—Porque fáldenme na más que tres baños justos.

—¿Entós?...

—Esos dóilos mañana: dos al amanecer y otu á eso de les seis.

—¿Y cómo asina?

—¡Ay, boba! porque non ves que de tal manera apáñome pa non pagar el viaxe. Si non espicula una...

—Quixera yo saber cómo t' apañes. Yo, mialma si puedo topar nunca con semexantes comenencias

—Porque non quieres.

—Non, carai, porque non puedo, por mu bien que m' arregle.

—Pos verás, como te digo, si marchó en pasando mañana, como voy en carru de Matilde la tendera, que toes les semanas vien al mercau de Posada, non me cuesta bendita perra el dir.

—Miá p' allí; pos tienes suerte, muyer. Dichosa de tí.

Agora voy dicite, Gaspar del alma: como yo soy muy amigu de meteme 'n tou y más ellí onde precisamente non me llamen, fui yo y como el que non quier la cosa púnxime al par d' éelles, y á veces tengo un daquello que, me caso con Dios, lo mesmu que lo pensé, asina pasó.

Yo quería que me vierén, y entamar compresación con entrambes sin faceme sospechosu y talmente pasó asina.

De seguida me vió Carola la de Xico, y váse élla y dici á Rita:

—¡Chacha, atendi p' acá, miá quien tenemos equí!

—¡Malañu pa los demonios!—dixo, mentantu que se presinaba—esti condenau, juera 'l alma, en toes partes está.

—¿De qué t' asustes, rapaza?—preguntei,

—De velu per equí. ¿Vien á baños, cris-

tianu, ó vieno á daqué otru asuntu d' esos que siempre usté trae entre manes?

—Non, vini dende Nueva pa ver les fics-tes. (Esto díxilo por tirai á élla de la lluen-ga; de seguida faló:)

—Pos xúro-i mialma, que si non vieno más q' á éso, taba bien per allá. Non perdía 'n elles bendita pinta.

—¿Por qué, moza?

—Porque si, cristianu; non tien más que ver cómo tá esto.

—Cuntáime, cuntáime lo que pasó, que yo taba 'n café y non supí ná,

—Pos verá....

Y ce por be dixo tou lo que yo-i os oí po-cu antes; peru teniendo bon curiau de ca-llar lo de los zapatos de una y lo que la otra iguó 'na saya.

—Y agora—repusi—¿qué vais á facer, neñes?

—Qué sé yo. Dir pa casa dándoles y to-mándoles, lo mesmu que vinimos—dixo Corola.

—Peru golvei acá. Yo creo que non de-bés marchar tan lluego. ¿Pa qué non aspe-raes una inigayina más?

—¡Home, claro, sí, cuerra p' allá; de se-guida voy á quedame yo aquí, abriendo la

boca como una pazguata! ¡Más menos!

—Peru ye que non tenés el daquello de q' aquesto s' arregle?

—Non por ciertu, porque paeme á min, y non vo descamina la, que de tou lleva traces menos d' eso.

Tamos callaos un peazu y por decir algo, digo:

—¡Neña, traes unos zapatos muy majos!

Peru esta vez non me salió la cosa bien, porque ¿sabes lo quem' arrespondió?

—¡Bah, bah, cristianu, paeme que tien ganes de dala!

Y con eso, vase élla y 'chó correr, de xándome co la palabra 'na boca.

Viles marchar. Allá diben co les sayes apertaes en puñu, 'chando pestes y madiciones d' aquél trastu d' alcalde q' asina-i os arrepuñaba la tolixa.

Non s' oyía otra cosa que mil ensultos p' aquél home.

Quixera facer cuenta de les munches cosas que-i llamaben, pa dicíteles. Ya verís.

Dimpués hubo chiflios, gritos y protestes. La música aparó; mataron los faroles de la luminaria; acabóse tou.

Qué te paez, amigu Gaspar? ¡Tuvo mal fechu, qué caray. Seguru que 'l alcalde de

nuestro pueblu non facía otru tal, aunque 'l mesmu "San Roque"-i lo mandara.

Non te digu más. Munchos recaos de les neñes de xunta 'l muelle.

¡Si vies qué guapes están, caite la baba!

Cuando toy al par d' élles non hay alegría q' á la mía podía comparase.

¡Sólu falta agora que 'l alcalde me quite de pasiar con elles pel muelle y pel parque por si llevento polvu!...

¡Recristo; me caso con Dios... mátolu.

LLANES, XULIO, 1907.





¡Pido la palabra!

ó

Esti mundo y' un fandango



(DIÁLOGO)

PERSONAJES:

CARMINA, hermosa modistilla, de 17 años.
El ALCALDE de Oviedo.

La escena ocurre tres días después de publicar el Alcalde una orden real y verdaderamente enojosa para las incansables jóvenes de Oviedo, prohibiendo los bailes populares.

Fué representado este diálogo con verdadero éxito en el teatro «Nueva Castalia», la noche del 25 de Julio de 1909, y escrita expresamente para el joven actor Isaac (*Quilojas*), que maravillosamente supo interpretar la obra.

ESCENA ÚNICA

(La escena representa la sala de recibir de la casa particular del señor Alcalde, lujosamente adornada á decorada).

Al levantarse el telón se oye fuera la voz de una doncella, que pide permiso para entrar, y entonces penetra en la sala la modista, previo aviso del Alcalde.

MODISTA. *(Entrando)*. Buenes tardes, señor Alcalde

ALCALDE. Muy buenas, muchacha. *(La modista retrocede)*. ¿Por qué te asustas? pasa.

MOD. ¡Ay! non sé lo que me dá entrar aquí. ¡Dios mío, cuántes cosas! Miá p' allí: qué cuadros, qué cortines, qué sillería, alfomes y...

ALC. Vamos, muchacha; pasa y siéntate.

MOD. ¿Sentame yo n' eses silles? ¡Home quiá! Escurro que non tá buenu. ¡Malañu, malañu, qué ocurrencia! *(Marcando toscamente en su cara la señal de la cruz)*.

ALC. Bien, pues aproxímate y dime qué deseas.

MOD. *(Sin moverse del sitio y jugando con las puntas de su delantal)*. Calle, por Dios, cristianu 'l alma. Asosiegue una migaya, que ahora mismo i-digo lo que traigo. *(Tragando penosamente la saliva)*. Venimos yo y la sobrina d' Ingracia, que se quedó ahí á la puerta, porque... vamos... como ye tan sumament' aquello, decía que i daba no sé qué entrar conmigo.

ALC. *(Levantándose y haciendo sonar el timbre.)* ¡No faltaba más! ¡que pase también!

MOD. ¡Por Dios, señor, non apierte esi cosu nin llame á nadie! ¡Pa qué ha molestase! Tengo yo por buen seguru que anque i lo mande non entra. Apuesto cualquiera cosa. ¡A buena parte va! Sé yo bien cómo ye ella. En cuantes que diz que non á una cosa, ya non hay nadie que i dé la vuelta al són.

Casi que fai lo mismo con so tia. Pero, bueno, esto non bien á cuentu, y como non da más qu' ella entre ó que lo dexe, basto y sobro yo pa decir á lo que vengo.

ALC. Pues acaba, muchacha.

MOD. ¡Calle, cristianu 'l alma, que toa m' acelera!

ALC. Oyeme: la muchacha que viene contigo, ¿es tan bonita como tú?

MOD. ¡Qué cosas tien! De toes maneres, gracias por lo q' á mí me toca. Ella é así, así. Puede pasar. Tien muncho d' aquello; pero, á mi ver non quita...

ALC. ¿Cómo es eso? ¿Qué es el d' aquello (como tú dices) que tiene esa amiga que te acompaña?

MOD. ¡Bah! señor Alcalde; paeme que tien ganes de mareame. Nosotres llamámoslo así. Non cunte que ye nada malo; al revés; dígolo yo porque ye desmasiao buena y non hay quien i

saque la palabra del cuerpu. Amos, que no se presta pa dala con un mozu. Eso ye tou. Ahí tá el quid, y escuro que si non cambia de són va quedase soltera toa la vida. (*Cambiando rápidamente de tono*). ¿Qué hora ye ya, señor Alcalde?

ALC. Las seis y cuarto.

MOD. ¡Home, non me mate! ¡Usté qué me diz! ¿La verdá como Dios manda que ye esa hora? ¡Buena se m' espera entós. Van poneme les peres á quartu. Estoy viéndolo. Fegúrese que toavía tengo q' arreglar la cena y preparar la mamona pa 'l neñu. Pero consiento llevar una tosquila como pa mí sola, antes de marchame d' aquí sin decir á lo que vengo.

ALC. Y yo no deseo otra cosa que oirte de una vez.

MOD. Señor, si non sé cómo empecipiar. Vengo á pedir aquello... Que mos deje bailar en Campu y ena caí d' Uria.

ALC. ¡Imposible! No, no, todo menos eso. Lo siento mucho; pero...

MOD. Non me venga con peros ni con músiques. Lo que-i sobra saber á usté ye que aquí siempre se bailó, siempre, desde que era usté así. (*Pone las manos cerca del suelo*). Y si non, ahí tá mi madre sana y salva que lo puede decir.

ALC. Antes no es ahora.

MOD. Bueno, eso ye tener ganes de dala.

Eso son pamplines. De modu y manera q' usté va venir aquí pa inmen-
dar la plana á los antiguos? Non, si-
ñor; porque á mi ver, eso ye lo més-
mu que quitayos el créitu. Y cuidiau
comigo, porque D. Longoria era un
probín, más buenu que non se qué; y
esti otro que salió, lo mismu... más
buenu q' el pan.

Con que nada, nada, non i dé vuel-
tes ni se limpie con naide. Nosotres lo
que queremos ye que lo piense bien,
y dimpués ya verá como cae de la
burra.

ALC. ¡Muchacha!

MOD. Calle, señor, yo soy así, como Dios
me crió. Ye un dichu que tengo y es-
cápaseme munches veces. Quisi más
bien decir que, dimpués que usté pien-
se bien en ello, verá como compren-
de que metió la pata.

ALC. ¡Pero, hija, por Dios; esas palabras!..

MOD. Perdóneme, cristianu.

ALC. Lo haré en gracia á tu hermosura,

MOD. Gracias que la guapura me presta
algún día pa daqué. Puede creeme, el
ser guapa ¡si viera cuántos disgustos
mos cuesta! ¡Y luego, como nunca ta-
mos libres de un mal pasu! Bueno,
usté, perdóneme lo de anantes, por-
que non ye nada d' extraño que non
sepa explicame. ¡Miá qué milagru!
Primero tuvi que andar al retorteru
con dos hermaninos pequeños que

me dieren más que facer qu' el demoniu y la madre; dimpués na más que fuí dos años á la escuela de la cai de la Luna, esto sin cuntar los días que la piré, y ya ve, señor, que en esi tiempu non se pueden facer grandes milagros, ni deprender nada que preste. ¿Non i paez, señor?

De seguida ya me metió mi má ena tienda onde coso... y aquí me tien ganando na más que tres riales y les propines que me dan cuando voy á entregar la obra.

ALC.

Bien poco es.

MOD.

Si por ciertu. Menos mal que lo co- noz. Y si ya non ye ello nada de por sí (aunque non soy de les que menos ganen) mal mos va alcanzar pa dir al teatro ni al *Cine*.

ALC.

¿No lo pagan alguna vez los novios?

MOD.

Paeme que tien ganes de dala. Fue- rai mejor facese cuenta de que mos quitó el baile que ye lo único que non mos costaba una perra; porque ahora, vamos á ver: ¿qué mil diantres nos queda? ¿Hemos metemos ena ca- ma en cuantes que escurezca? ¿He- mos andar los domingos p' arriba y p' abaxo, dándoles y tomándoles co- mo unes tontes? ¡Home, quiá; más po- co! Primero consiento no sé qué. Mi- re, por ésta. (*Besa la cruz*).

ALC.

¡Tienes mal genio!

MOD.

Tou ye menester, porque ¡vese ca

cosa! ¡Lo mismo q' el otro día (la última vez que bailé) un demoniu d' un monicipal, vase él, y en mitá del Campu, quiso pegai al mozu que bailaba conmigo, y á mí misma ¿usté sabe? ¡quiero más no m' acerdar, porque si en aquel entonces me valgo del geniu... yo creo que-i afrello les ñarices! ¡Por mi alma! ¡A buena parte va conmigo! ¡Caray con el demoniu del hombre, qué fumos gastaba! A mi ver tomen fueros con usté; pero conmigo luego achanten, porque yo canto claro aunque sea al Nuncio.

ALC.

Pues los bailes en el Campo de ningún modo pueden continuar; porque...

MOD.

Ya sé de sobra lo que va á decime; sí, señor, por esa parte tien usté mucha razón. Bien é verdá que muchos de los mozos, los que son muy ensinvergüenzas y muy daquello, van asina, (*acción de abrazar*), amarrotaos con la moza cuando bailen, que mesmamente paez que van cosíos; pero eso non hay dingún fiyu de madre que lo faga conmigo. Yo seré too lo que usté quiera, pero tocante á tal... poco á poco.

ALC.

Mi mejor deseo es dejaros contentas á todas; mas no veo fácil remedio.

MOD.

Eso mismu ya lo esperaba yo. Non tá del tou mal que se desculpe. Así queda bien y non gasta; pero ¿qué?

quier faceme ver que la cosa non tien arreglu? ¡Home, quiá! ¡Tonta fuera yo si lo papara! Si con eso quier tapamos los güeyos tá muy engañaó. Vamos ver, ¿qué me quier apostar á que alcuentro yo el daquello d' arreglalo?

ALC. (Se ríe). Tengo fe en que vas á ser una gran asesora.

MOD. Oiga, señor, poco á poco. Too-i lo consiento menos decime que si voy á ser esto ó lo de más allá. Ha de saber que tocante á la decencia no me gana naide ni delguna. Y sírvai esto de gobiernu. Non cunte que porque ye Alcalde voy á pasar por que me diga que soy una tala por una cuala. ¡Oyolo, cristianu 'l alma!

ALC. Perdona, muchacha. ¡Si yo no he tenido el menor ánimo de ofenderte!

MOD. Entonces, ¿á qué vien aquello que me llamó?

ALC. Dije que serías buena asesora.

MOD. ¿Y qué ye eso?

ALC. Pues es lo mismo que ser buena consejera.

MOD. Bueno, quedo conforme; pero si quier que nos entendamos, faga el favor de hablar como Dios manda: de mod' y manera que yo lu comprenda.

ALC. Procuraré complacerte. Dime ahora cuáles son las bases con que cuentas para ese fácil arreglo.

MOD. Como haber, hay muchas más bases de les que usté se fegura; pero basta con una sola.

ALC. ¿Cuál es?

MOD. Qu' el Ayuntamiento gaste unes poques de perres y ya 'stá too arreglao.

ALC. ¿En qué forma?

MOD. ¡Non se faga de nueves. Lo que-i sobra saber ye que con que haiga allí, en Bombé, un focu más de luz de la cuenta, ya non hay dalgunu que se acerque á nosotres nin tanto asina, *(señala la mitad del dedo índice)*, y ca unu ha bailar como Dios manda.

ALC. Difícil de resolver es el asunto que propones.

MOD. ¿Por qué, cristianu?

ALC. Pues porque no teniendo dinero el Ayuntamiento para mejorar el alumbrado de las calles, mal pedrá aumentarse el del parque.

MOD. Bueno, tocante á eso, casi que me convence y non tengo el daquello de lleva-i la contraria. Y ya que por esi lau non tien arreglo la cosa, faga otra.

ALC. ¿Cuál es?

MOD. Una que non cuesta na: Que usté ponga una medida á concencia marcando lo que ca mozu pue arrimase á nosotres. *(El Alcalde se ríe)*. Non se ría, señor, non se ría, que bien sa-

bemos toes q' el único *pero* que pon usté ye por lo del arrimu.

ALC. ¿Y quién comprueba la medida?

MOD. *(Dando una palmada)*. Ahí voy yo á parar. Usté señala una medida, pongo por ejemplo, media vara, y el que diz media vara, diz una tercia ó cuatro deos... ó tovía menos, si-i paez.

ALC. ¿Y luego?

MOD. Luego manda pa 'l Bombé media ocena de monicipales, por qu' así como así, tienen poco más que facer qu' eso; qu' estén á la mira pa ver quién amarrota más de la cuenta y el que caiga ¡zurra con él!

ALC. ¡Me hacen gracia tus argumentos! ¡Qué ocurrencia!

MOD. Bueno, usté lo que ye que fai burla de nosotres po 'l amor de que somos probes y non tenemos el daquello de les señorités. Si lo pidieren elles, luego iba usté dando co los tacones en... ¡Dios me lo perdone!... pa serviles. Pero como una ye probe y una non gasta sombreros como goxes, ni sayes hasta debaxo los brazos, fai lo que quier de nosotres, pos hasta tengo entendio (porque yo pa estes cosas non tengo pelos ena lengua), tengo entendio ¡óigalo bien! que hasta mos quier quitar de dala co los mozos n' os portales, y d' arremangar les sayes...

ALC. Eso es incierto.

MOD. Ya 'staba yo en que pudiera ser un
levantu; pero allá lo tien por sí ó por
non.

Bueno, señor, vamos á lo que im-
porta. ¿Déjamos bailar?

ALC. ¡Pero muchacha!

MOD. Ande, cristianu 'l alma; po lo que
más quiera 'n esti mundo; por su má-
qu' en gloria esté. ¡Ande! Ha pagailo
Dios. ¿Quier?

ALC. No tengo fuerzas para resistir tan
instadas peticiones.

MOD. ¡Ye posible! ¡Paeme que non lo creo!

ALC. Si, os dejaré bailar; mas por ahora
sólo los domingos por la tarde y las
noches de verbena.

MOD. Menos ye nada. ¡Qué güenu ye!
¡Non, si ya lo decía yo qu' era usté un
santín de Dios! ¿Con qué-i podré pa-
gar yo esti favor? ¡Si non fuera por
no se qué daba-i un abrazu como pa
usté solu!... Pero... bueno, voy corrien-
do á decilo á les mis amigues. ¡Van
ponese más contentes cuando lo se-
pan!

ALC. Bien, pero mucho cuidado con *ama-
rrotar*, como vosotras decís.

MOD. Non tenga cudiao. ¡Po la cuenta
que mos tien. Vaya, hasta otrú dia.

ALC. Hasta cuando quieras. Has tomado
posesión de tu casa.

«TRIQUIÑUELES»

MOD. Non tanto, señor, non tanto. Dios
lu corone de gloria y que non tenga
ningún daquél. (*Vase corriendo y sal-
tando*).

Telón.

Oviedo, Junio 1909.





GÜEN REMEDIU

—Oye, muyer, ven acá; non cuerras tantu ¡Caray contigo! ¡El diañu si non paez que te ponxeron fúeu na rabadilla!

—Calla, por Dios, Perfeuta; dáxame 'l alma en paz. Non puedo parame, que ya por muchu que cuerra pué que allegue tarde.

—Pero ¡aú vas, moza, con esi apuru de calzones?

—Voy en busca del mélicu. Tengo un neñn á los últimos. Yo non sé ónde caray apilló uu demoniu d' un costipau, q' aquello ye 'l acabose, ¡Con dicite que lleva cinco noches, tusi que tusi, sin pesllar los güeyos...!

Estoy apolmonada y fáiseme veneno cuantu como.

—Vaya por Dios, muyer; á los probes nunca mos ha de faltar una.

—¡Non sé qué va ser de mí si el neñu me muerre!

—¡Bah, moza, había morrete! Calla, que cuasi lo mesmu tuve yo el miu postreru, y sanó guapamente en sin gastar en mélicu dos perres parties pel medio.

—¿Entós qué tuvo?

—Tuvo otro demoniu de costipau que non quiero decite...

—Y cómo lu curasti?

—Verás. ¿Tú conoces á Pepina la de los Trescorrales?

—¡Mía qué milagru!

—Pos esa estuvo en mió casa, y [en cuanto vió 'l neñu cómo taba, vase élla y dixome:

—«Mira, Carola, déxate de mélicos y de fer-
vinchos. Vete en una escapada á la butica de
Cardin, esa que tá na cai del Sol, y qué te dén
un frascu de PECTORAL»

—¡Ah, chacha! ¿Y eso presta pa daqué?

—«Tú fai lo que te mando»-dixo.

—Non esperé más razones y corri p' allá. Costóme el froscu 12 riales, que tuve que pidir prestaos á la mi cómadre; pero ¡qué más dá! aquello non taba bien pagu ni con cinco duros; por que el neñu non quiero decite cómo taba. Dabai por tusir hasta que se esmorecía y perdía el aliendu. Poníase colorau lo mesmu que un pitón, que, miániques si non pacía que diba arrear. Tomó les primeres cuyaraes, y al otro día pe la mañana ya tusía mucho menos. El probe rapaz chaba pe la boca unes fle-
mes blanques lo mesmu que la camisa que yo traigo puesta, y á los días ya non tusía nada. Quitósei como con la mano.

—¿Ye posible, muyer?

—Como te lo cuento. Yo antes, cuando via-
per chí pegaos en toes les paredes unos cartelo-
nes con lletres grandes que dicen; «Pectoral
Cardin Lo meyor pa la tós», tomábalo á bro-

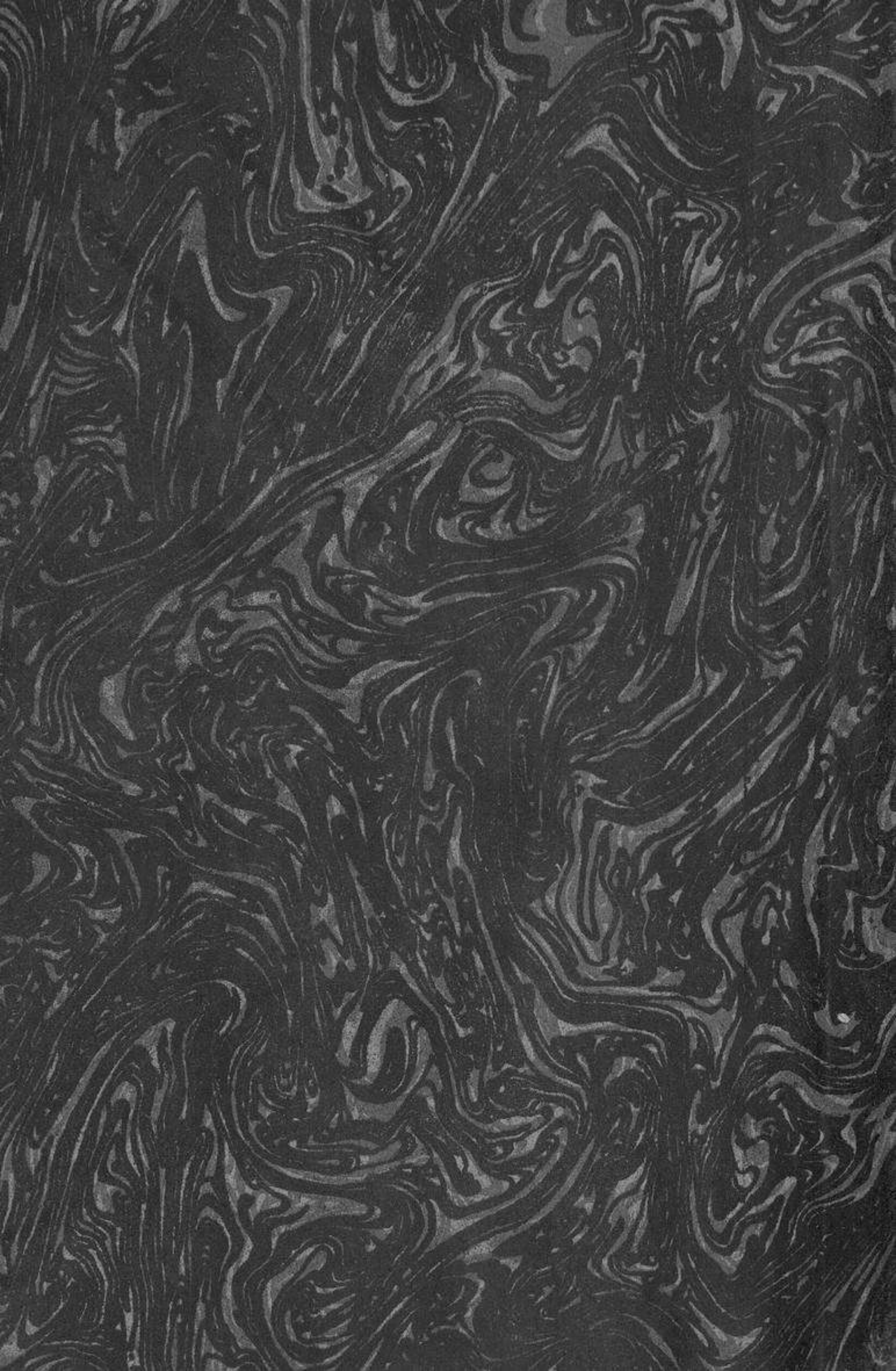
ma; pero lo que es, agora, creo en ello lo mismo que me tengo de morir.

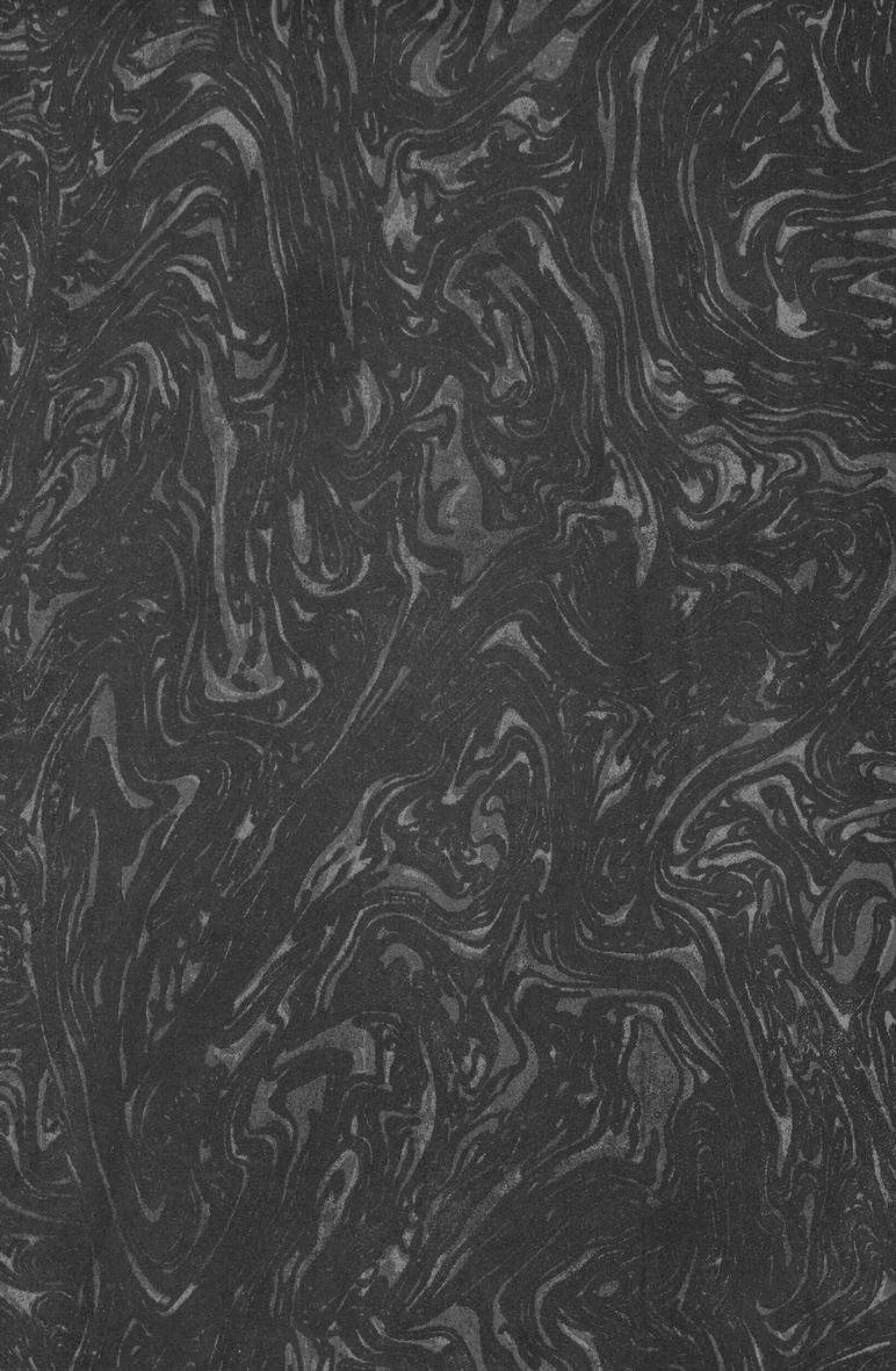
—Pos vo traelo yo pal mió neñu.

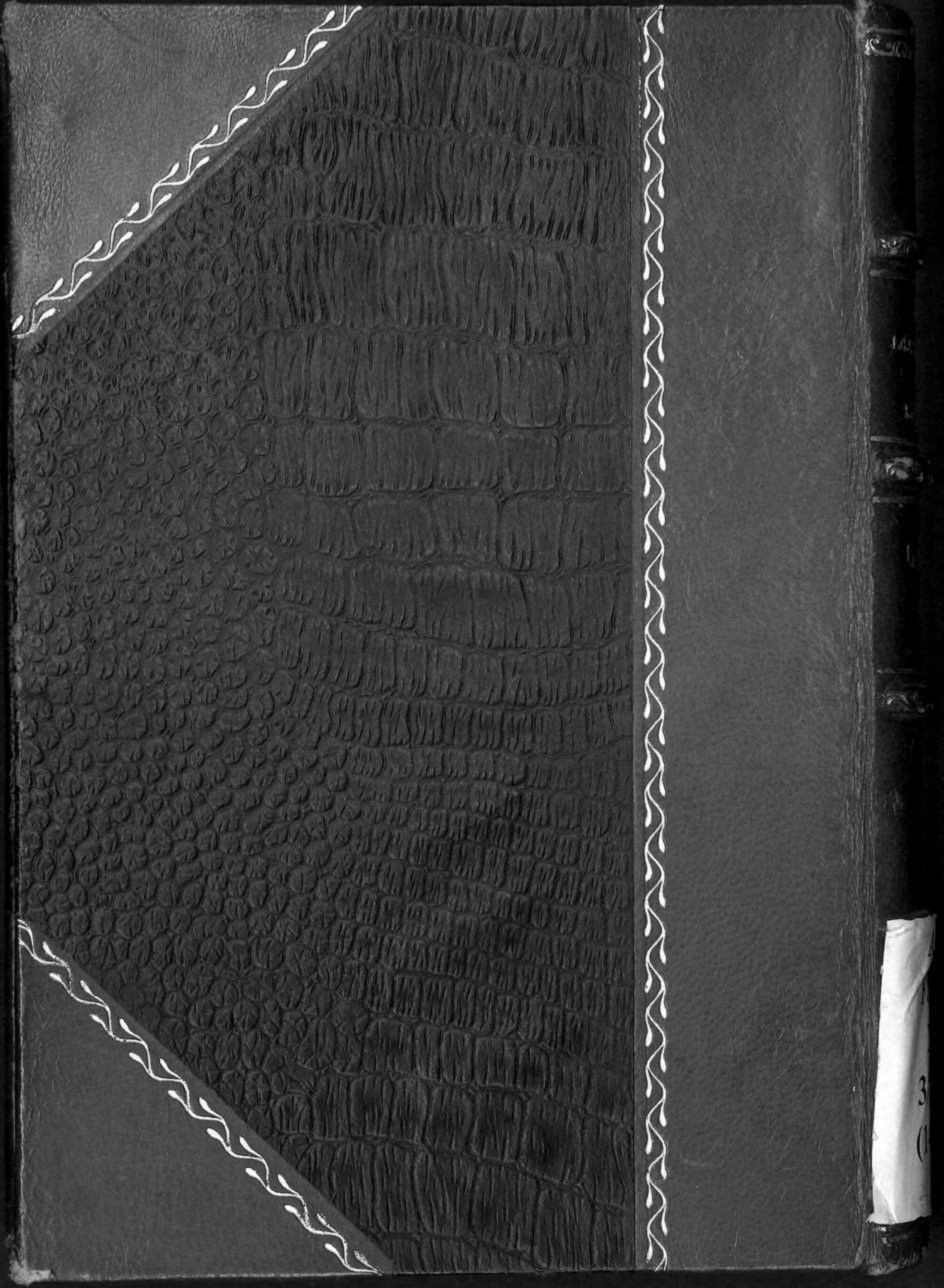
—Trailo, trailo que non ha pesate. Yo estó muy agradecía, y asegúrote que como les bendiciones presten pa daqué, esi mozu' de Cardín vá pa 'l cielo, derechu com' un fusu, aunque non sea más que con les que yo-i ché. Si non ye per él está el mió fiyu á estes hores en cimiteriu. ¡Valga la pena tal home! Dios-i dé salú por curar munchos y mal amén vaiga 'l cielo de cabeza.











FABRICIO
J.G. LUESO (CUCO)
NOLON
P. FERNANDEZ

LITERATURA
BABLE

Ast
F.C.
X
3/71
(1-5)